

BOLSILIBROS
BRUGUERA

SERVICIO
SECRETO

Ss

BUSCANDO
A JENNIFER

Adam
Surray



Faltaban menos de quince minutos para la emisión del programa de mayor audiencia de la KSM.

El *show* de Barry Gammon.

Ya todo preparado.

Estudio, cámaras, decorados, artistas invitados...

—¡Señor Gammon! ¡Señor Gammon!

Barry Gammon, sentado tras la mesa de su despacho, ordenaba en una carpeta los papeles que marcarían la pauta en aquel nuevo programa. Gammon siempre improvisaba, pero alguno de los personajes a entrevistar no aceptaba aquel juego y solicitaba un cuestionario previo. Luego, en pantalla, eran dominados por el cínico y punzante Barry Gammon. Con gran regocijo de los telespectadores.



Adam Surray

Buscando a Jennifer

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1662

ePub r1.0

Lds 20.02.19

Título original: *Buscando a Jennifer*

Adam Surray, 1982

Cubierta: Martin

ePub modelo

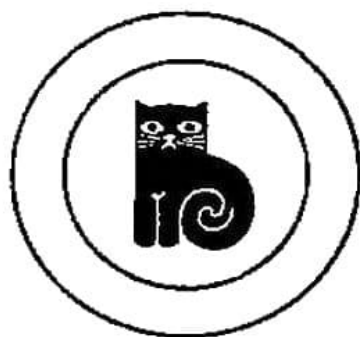
LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

Faltaban menos de quince minutos para la emisión del programa de mayor audiencia de la KSM.

El *show* de Barry Gammon.

Ya todo preparado.

Estudio, cámaras, decorados, artistas invitados...

—¡Señor Gammon! ¡Señor Gammon!

Barry Gammon, sentado tras la mesa de su despacho, ordenaba en una carpeta los papeles que marcarían la pauta en aquel nuevo programa. Gammon siempre improvisaba, pero alguno de los personajes a entrevistar no aceptaba aquel juego y solicitaba un cuestionario previo. Luego, en pantalla, eran dominados por el cínico y punzante Barry Gammon. Con gran regocijo de los telespectadores.

—¿Qué ocurre, Gary?

Gary Slakow, uno de los muchos ayudantes de Gammon, respiraba entrecortadamente.

—Se trata de Jennifer Bass... No piensa salir en el programa.

Barry Gammon era un auténtico «cara de póker». Nada parecía inmutarle. Por su programa habían desfilado infinidad de personajes. Científicos, políticos, artistas, intelectuales... En enfrentamiento dialéctico con Barry Gammon. Respondiendo a sus sarcásticas preguntas. Y Gammon siempre triunfante. Con su marcado aplomo. Con su peculiar cinismo.

Y ahora palideció.

—¿Quieres repetir eso, Gary?

—El... el maquillaje... dice que nuestro equipo de maquillaje es pésimo... que no resulta favorecida y...

—¡Maldita sea su estampa! ¡No puede hacerme eso!

Barry Gammon se había incorporado del sillón giratorio descargando el puño derecho sobre la mesa.

Con el rostro desencajado.

Gary Salkow retrocedió instintivamente.

—Paula está con ella... Tratando de convencerla.

—Bien... Ahora voy yo.

—Sí, señor Gammon.

Barry Gammon quedó solo en el despacho.

Tomó la cajetilla de tabaco depositada sobre la mesa encendiendo uno de los emboquillados. Exhaló una bocanada de humo.

Consultó el reloj.

Diez minutos.

Dentro de diez minutos, desde el gigantesco Estudio Cinco de la KEM, la orquesta iniciará el musical de introducción al programa. Hoy con una notas de El Ruiseñor, de Stravinski. Luego aparecería Barry Gammon. Anunciando su *show*. Con los personajes a entrevistar y las actuaciones.

El número de la programación era Jennifer Bass. La joven candidata al Oscar de Hollywood. La actriz exclusiva de la Gilliam Films. La magistral protagonista de *Mirrors*, *Sky Light* y *The Cave*. Tres películas que batían récord en EE.UU. y Europa.

Jennifer Bass se había consagrado con tan sólo tres películas. Eclipsando con su belleza a la mítica Bo Derek.

Jennifer Bass, veintidós años de edad, actriz, cantante, bailarina...

Toda una estrella.

Y empezaba a comportarse como una estrella.

Jennifer Bass, consciente de estar en la cumbre, rechazaba despectivamente el acoso de los periodistas. Ningún medio de comunicación había logrado hacer una entrevista a la gran Jennifer Bass.

Barry Gammon consiguió convencerla para que actuara en su *show*. Respondiendo a sus preguntas y con una canción dedicada a los millones de telespectadores del canal KSM. Por primera vez, Jennifer Bass cantaría en público. En directo, En el Estudio Cinco.

Su melódica voz llegaría a millones de receptores.

Un gran triunfo para Barry Gammon y para la KSM.

Y ahora...

Barry Gammon aplastó el cigarrillo a medio consumir.

Se incorporó acudiendo al contiguo cuarto de aseo. Se contempló en el espejo. La imagen reflejada correspondía a la de un hombre de treinta años de edad. De rostro atractivo. Con abundante y negro cabello que dejaba caer rebeldes mechones sobre la frente.

Se ajustó el nudo de la corbata de seda a la vez que soplaba sobre una imaginaria mota de polvo en la solapa de su elegante chaqueta de terciopelo.

Abandonó el despacho.

No se encaminó hacia el Estudio Cinco.

Tenía tiempo. Aún faltaban unos minutos para el inicio del programa. Más los ocho minutos que se dedicarían a El Ruiseñor de Stravinski.

Fue hacia los camerinos.

Y allí se cruzó con Paula Logan.

Su secretaria.

Paula estaba llorando.

—Oh, Barry... Ésa... Ésa... No consigo convencerla de que...

Gammon sonrió.

—Tranquila, Paula. Yo lo solucionaré —le tendió la carpeta—. Dentro de unos minutos estaré en el Estudio Cinco.

Barry Gammon siguió por el corredor.

Se detuvo frente a una de las puertas. Tras golpear la hoja con los nudillos, hizo girar el pomo. Sin esperar autorización.

Penetró en el camerino.

Amplio.

Uno de los más lujosos de los estudios de la KSM. Destinado a primeras figuras del espectáculo.

Jennifer Bass estaba sentada frente al boudoir.

Giró ante la presencia de Gammon.

Con ojos llameantes.

—¿También tú, Barry? ¡No quiero hablar más! Está decidido. ¡No pienso salir en tu *show*! Fíjate... El equipo de maquillaje de la KSM es pésimo. Me ha acentuado en demasía los pómulos. ¡Estoy horrible!

Gammon contempló fijamente a la muchacha.

Entornó los ojos.

Deslumbrado por la belleza femenina.

El lacio cabello enmarcaba un rostro de perfecto óvalo, ojos luminosos, pómulos gatunos, labios gordezuelos... Lucía un lujoso vestido de noche en satinado net-nylon que dejaba al descubierto los bronceados hombros junto con el inicio de los trémulos y juveniles senos.

—Cierto, Jennifer. Estás horrible.

La muchacha parpadeó.

No esperaba aquello.

Estaba dispuesta a enfrentarse con Barry Gammon. A rebatir todos sus intentos por convencerla.

—¿Crees que...?

—Por supuesto, Jennifer. Tú no necesitas de maquillaje para ponerte frente a una cámara. Ordenaré que te lo quiten.

—¡Barry!

Gammon, ya con el pomo en la diestra, giró.

—¿Si?

—Yo... yo no puedo salir sin ningún maquillaje.

—¿Por qué no, Jennifer? Tu belleza natural no requiere máscara.

Jennifer apretó con fuerza sus carnosos labios.

En mohín de disgusto.

—Te burlas de mí, ¿no es cierto? Te diré algo, Barry. ¡Al diablo con tu *show*! ¡No pienso salir!

Gammon se encogió de hombros.

—Como quieras. Es tu problema.

Jennifer rió.

En despectiva carcajada.

—¿Mi problema? ¡El tuyo, Barry! Millones de televidentes esperan impacientes mi aparición en tu programa. ¿Qué vas a decirles? ¿Cómo te disculparás?

—Muy sencillo, Jennifer. Primero presentaré al equipo de maquillaje de la KSM. Un equipo que ha caracterizado a infinidad de personajes de ficción, maquillado a grandes estrellas de Hollywood y que demostrará su destreza ante las cámaras. Solicitaré que alguien del público, preferentemente de físico poco agraciado, suba al escenario. Y allí, ante las cámaras, el equipo de maquillaje realizará el milagro de convertirlo en un rostro de perfectas

facciones. Luego hablará mi secretaria Paula. Contará a los telespectadores tu pánico por salir. Después hablaré yo. La bella Jennifer Bass, con o sin maquillaje, se encuentra horrible.

—No serás capaz de eso.

—¿Por qué no? Tú misma lo has dicho, Jennifer. Te encuentras horrible, ¿no es cierto? Y sin maquillaje no te atreves a salir. Lo notificaré así en mi programa. Sospecho que vas a perder muchos admiradores, Jennifer. Ciertamente es tu problema, no el mío.

—Eres un bastardo. ¡Una rata!

Gammon sonrió.

—Eso sí es problema mío, Jennifer; pero no me quita el sueño. Si decides por seguir el programa trazado, avisa a Paula. Sólo tienes que pulsar el llamador. Adiós, nena.

Barry Gammon abandonó la estancia.

La muchacha quedó inmóvil.

Sin reaccionar.

Fue cuestión de segundos.

Giró furiosamente hacia el boudoir. Con el brazo derecho barrió todos los objetos de tocador depositados sobre el mueble. A la vez que maldecía contra Barry Gammon.

Se sabía derrotada.

Acostumbrada a ser complacida en el menor de sus caprichos, le irritaba aquel desplante de Gammon. Esperaba una súplica y había sido despreciada.

Y no era aquello lo peor.

Barry Gammon cumpliría su palabra.

Con su habitual sarcasmo e ironía comentaría la negativa de Jennifer Bass de aparecer ante las cámaras de televisión. Conocía a Barry Gammon. Sólo por su *show*, pero aquello era más que suficiente. El senador Harrison dimitió después de ser entrevistado por Barry Gammon. Donald Karlson, el popular creador de *bet-sellers*, escribía ahora novelitas rosa bajo seudónimo tras el interrogatorio sometido en el *show* de Barry Gammon.

Sí.

El programa de Gammon era demoledor.

Capaz de encumbrar o de hundir.

¿También a una estrella amada y admirada como Jennifer Bass?
Jennifer no se atrevió a correr el riesgo.

Actuaría en el *show*.

Y con el maquillaje.

Se contempló en el espejo. Sin percatarse de que el pomo de la puerta giraba lentamente. La hoja de madera se entreabrió asomando una enguantada mano.

Apareció una fantasmal figura.

Un encapuchado.

Jennifer sí le vio ahora reflejado en el espejo.

Avanzando hacia ella.

La muchacha giró sonriente.

—¡Eh! Te has equivocado de camerino, Encapuchado Rojo.

El hombre no respondió.

Sus ojos brillaban con fuerza bajo la capucha roja.

Se cubría con una capa de negro terciopelo. Su vestimenta era la clásica de un héroe de ficción. Botas de altas cañas, guantes de espadachín, ceñido traje plateado y una diminuta calavera bordada en lo alto de la roja capucha.

El Encapuchado Rojo.

Un héroe del cómic pasado a la pequeña pantalla por la KSM. En una serie de gran éxito por sus elevadas dosis de erotismo y violencia.

Jennifer arqueó las cejas.

Perpleja por el silencio del individuo que continuaba avanzando hacia ella.

La muchacha hizo ademán de incorporarse de la butaca. No lo consiguió. El encapuchado se abalanzó súbitamente sobre la joven. Llevando sus enguantadas manos al frágil cuello femenino.

Definitivamente, Jennifer no actuaría en el *show* de Barry Gammon.

CAPÍTULO II

El ataque de Barry Gammon fue feroz. Marcadamente cruel. Sacando a relucir todo su hiriente sarcasmo. Hizo descender de su trono a la idolatrada Jennifer Bass para convertirla en una muñeca caprichosa, ridícula y sin carácter.

El *show* estaba tocando a su fin.

Y Barry Gammon, hombre inteligente y conocedor del público, se reconoció derrotado. Pudo leer en el rostro de los miles de espectadores que plagaban el grandioso Estudio Cinco. El público reía complacido los ataques a la estrella, pero tampoco ocultaba su desilusión. Su desencanto. Esperaban a Jennifer Bass. A la gran Jennifer. Y ésta no había acudido a la cita. Poco importaban las causas y disculpas de Barry Gammon. Lo cierto es que también él había fracasado. Tampoco el *show* de Barry Gammon había logrado entrevistar a la diva.

El *ballet* que culminaba el espectáculo ya había salido a escena.

Mientras que Barry Gammon desaparecía de pantalla abandonando el Estudio Cinco.

Y de inmediato fue abordado por un individuo.

Un hombre de unos cincuenta años de edad. De frente abombada, cejas alicaídas y boca grande.

—¡Maldito sea, Gammon! ¡Vamos a demandarle! ¡Juro que le hundiré! ¡A usted y a su nauseabundo programa!

Barry Gammon sonrió.

Dirigiendo una despectiva mirada al individuo.

—Cuide su úlcera, señor Gilliam.

—¡Le demandaré!

—Se repite demasiado, señor Gilliam. Buenas noches.

El individuo continuó cerrando el paso a Gammon.

—¿Qué le ha ocurrido con Jennifer Bass? ¿Dónde está?

Gammon palpó los bolsillos de la chaqueta en busca de la cajetilla de tabaco. Encendió un cigarrillo. Con una indiferencia que estaba lejos de sentir. Exhaló una bocanada a la vez que respiraba en profundidad.

—Oiga, señor Gilliam... Tengo mucho aguante, pero acabo de pasar por un mal trago. No me provoque.

—¡Quiero saber qué le ha ocurrido con Jennifer!

—Estaba en el palco de invitados de honor, señor Gilliam. Presenciando el programa. He dicho la verdad. Jennifer se negó a salir porque el maquillaje no le resultaba favorecedor.

—¿Dónde está?

—¿Quién?

—¡Maldito sea, Gammon! Al empezar sus acusaciones y ataques contra Jennifer, abandoné el palco y fui en busca de la muchacha. ¡No está en el camerino!

Barry Gammon se encogió de hombros.

Con total indiferencia.

—Estará llorando por su lujoso *bungalow* de Beverly Hills. Búsquela por allí, señor Gilliam.

—Le pesará lo de hoy, Gammon. La Gilliam Films le demandará por...

—¡Déjeme en paz!

Gammon apartó con brusquedad al individuo.

Encaminó sus pasos hacia el despacho. A grandes zancadas. También esquivó a los muchachos de la Prensa que deseaban formularle algunas preguntas.

Barry Gammon penetró en su despacho.

Allí estaba Paula.

Su eficiente secretaria.

Ya le tenía preparado un *whisky* doble sobre la mesa.

Barry Gammon se dejó caer en el sillón giratorio.

—¡Buena me la ha jugado esa mocosa!

—Tranquilo, Barry. El mundo no se acaba con Jennifer Bass.

Gammon bebió a pequeños sorbos.

Posó sus ojos en Paula.

Una muchacha inteligente. Y atractiva. Veintiocho años de edad. Psicóloga. Dominando el español, francés y ruso.

—Lo he hecho mal, ¿verdad, Paula?

La mujer esbozó una sonrisa.

Se acomodó en uno de los sillones que adornaban la estancia. Cruzando seductoramente las piernas enfundadas en oscuras medias.

—Sí, Barry. Te has excedido en el ataque. Demasiado cruel. Era patente tu irritación por la ausencia de Jennifer. Tu cinismo y sarcasmo de otras ocasiones, aquí era acentuado por el despecho. Y eso se adivinaba en cada una de tus palabras contra Jennifer. El público admira tu indiferencia e imparcialidad al atacar a cualquier personalidad. En esta ocasión no eras imparcial. Por otra parte, esperaban ver a Jennifer Bass. Tus ataques, con o sin razón, no han impresionado. Era mayor el deseo por contemplar a Jennifer. De ahí que la desilusión haya sido también mayor en el público. Han celebrado tus ironías con esa morbosidad que siempre domina alrededor de tu *show*, pero no ha sido como otras veces.

Barry Gammon bebió un trago de *whisky*.

Chasqueó la lengua.

—Me equivoqué con Jennifer. Creí haberla convencido. Estaba seguro de que saldría según el programa fijado, dejándose entrevistar y dedicando una canción a los telespectadores de la KSM. Cuando se me pasó la nota comunicando que Jennifer había abandonado el camerino, me dominó la irritación.

Paula amplió la sonrisa.

—¿Ya has hablado con James Gilliam?

—Oh, sí... Ya me ha felicitado cariñosamente.

—Fue difícil controlarle, Barry. Cuando iniciaste tus ataques contra Jennifer, se presentó aquí. Quería entrar en antena. Llegar al escenario de Estudio Cinco y rebatir tus acusaciones.

—Puede que hubiera resultado divertido.

—Lo dudo. James Gilliam es poderoso. La Gilliam Films es poderosa. Pueden hacerte mucho daño, Barry.

—Son basura, Paula. El mundo de Hollywood es un gran estercolero. Es un cadáver que apesta desde hace ya muchos años. La Gilliam Films ha resurgido de sus cenizas. Merced a Jennifer Bass. Ha encontrado un mirlo blanco. Reconozco que es una magnífica actriz, que canta como los ángeles y baila como una odalisca; pero está mimada en demasía. Jennifer Bass terminará por

ocasionar a la Gilliam Films más quebraderos de cabeza que la Taylor en Cleopatra.

—Puede que estés en lo cierto, pero la Gilliam Films nada en la abundancia. Ahora está a mitad de rodaje. La cuarta película de Jennifer. De seguro un nuevo éxito de público y crítica. También se da por hecho el Oscar por su interpretación en *Mirrors*. Además...

—Sigue, Paula.

—Olvidemos el asunto.

Gammon sonrió.

Terminó el vaso de *whisky*.

—Estoy al corriente, Paula. Se dice que Jennifer Bass aceptó mi invitación al *show* por presiones de la productora. La Gilliam Films ha tendido sus tentáculos a la KSM. Compra de acciones y demás.

—Si eso resulta cierto...

—No me preocupa.

—La Gilliam Films, después de lo ocurrido, también puede presionar en la KSM. Y suprimir el *show* de Barry Gammon.

—¿Sabes una cosa? Empiezo a estar cansado del programa. Resulta aburrido derribar ídolos una y otra vez. Estoy asqueado de mi papel de cínico, de malvado... La CBS, con su serial «Dallas», tiene el malo personificado en J.

R. En

la KSM, Barry Gammon es el malvado de turno.

—¿Por qué no te pasas a la ABC?

Rieron a dúo.

Barry Gammon se incorporó.

—Me voy a casa.

—Apuesto que Matale comparte mi opinión. Hoy has sido demasiado cruel, Barry.

—Mi dulce esposa Natalie jamás presencia el programa —sonrió Gammon—. Se lo tengo prohibido.

En ese momento sonó uno de los teléfonos depositados sobre la mesa.

—No contestes, Barry.

Gammon arqueó las cejas.

—¿Por qué no?

—La centralilla del Estudio Cinco ha permanecido bloqueada desde que iniciaste tus ataques contra Jennifer. Miles de llamadas.

Y no precisamente para felicitarte. Esta llamada puede ser la de algún rezagado.

—No es una comunicación que pasa por centralilla. Lllaman por mi línea privada.

Barry Gammon pulsó una palanca del interfono.

Pasando la comunicación del teléfono al altavoz.

—¿Sí?

—¿Barry Gammon?

—Yo soy.

—Le felicito por su programa de hoy.

Barry Gammon sonrió desviando la mirada hacia Paula.

—Gracias, hermano. Es la primera felicitación que recibo.

Por el micro sonó una risa aguda. Chillona. Al igual que la voz. Una voz marcadamente estentórea.

—El público no es justo, Gammon. Reconozco que tampoco usted lo fue. Jennifer Bass no acudió al *show* por causas ajenas a su voluntad. Yo tengo a Jennifer en mi casa.

—En video, ¿no?

Volvió a sonar la estridente risa.

—Muy ocurrente, Gammon... muy ocurrente...

—Gracias de nuevo, amigo, y ahora disculpe; pero estoy muy cansado y...

—Un millón de dólares. Quiero un millón de dólares por el rescate de Jennifer Bass.

Barry Gammon interrumpió el iniciado ademán de cortar la comunicación.

Intercambió una rápida mirada con Paula.

La mujer se había incorporado acudiendo hacia la mesa. Aproximándose al interfono.

—¿De qué habla? —inquirió Gammon—. No estoy para bromas.

La voz del interlocutor se hizo ronca.

—No es una broma, Gammon. Usted será el intermediario. Hable con la Gilliam Films. Quiero un millón de dólares. En billetes pequeños.

—Pero...

—Un millón de dólares —interrumpió la voz—. Me comunicaré con usted, Gammon. Una advertencia... Si interviene la policía, Jennifer Bass morirá.

—Oiga. ¡Oiga!

Barry Gammon tecleó en el aparato.

La comunicación había sido cortada.

CAPÍTULO III

No se trataba de una broma.

La policía investigó. Primeramente en el *bungalow* de Beverly Hills propiedad de Jennifer Bass. Ni rastro de la muchacha. Luego en los estudios cinematográficos de la Gilliam Films, en los *night-clubs* habituales de la joven actriz, en su círculo de amistades...

Todo un largo itinerario trazado por el nervioso y alterado James Gilliam.

Ni rastro de Jennifer Bass.

Nadie la había visto en las últimas horas.

Ernest Beymer, director general de la KSM, había cedido su amplio y lujoso despacho como cuartel de operaciones.

Un teniente de la Metropolitan Police, tras la denuncia de Barry Gammon, había iniciado las primeras pesquisas. Se confirmaba el caso de secuestro. No era una broma.

James Gilliam paseaba por la estancia como león enjaulado.

—Tranquilo, James. Todo se solucionará.

Gilliam interrumpió secamente su deambular.

Fijando la mirada en Ernest Beymer.

—¿Tranquilo? ¡Maldita sea, Ernest!... ¡Han secuestrado a Jennifer! ¡Y piden un millón de dólares por su rescate! No debí aceptar que acudiera aquí.

—¿Qué insinúas?

—Ese bastardo de Barry Gammon irritó a Jennifer. Y ella se marchó sin esperar a nadie. Tal vez si alguno de los componentes de la Gilliam Films hubiera acompañado a Jennifer no...

—No seas ridículo, James. El secuestro estaba planeado. No se improvisa por ver a Jennifer sola.

James Gilliam mesó los cabellos.

Una y otra vez.

—Un millón de dólares... un millón de dólares...

Ernest Beymer abrió una cajita de madera de cedro depositada sobre la mesa escritorio. Extrajo un largo cigarro que mordisqueó antes de aplicar la llama de un encendedor de oro.

—Te comportas como una plañidera histérica, James. La Gilliam Films puede hacer frente a ese millón de dólares. Piensa sólo en la publicidad que vas a conseguir para el estreno de *The Oíd World*.

James Gilliam se aproximó a la mesa.

Con crispadas facciones.

—¡Al diablo con eso! Con Jennifer Bass no necesito publicidad. Ya es un éxito asegurado. ¡Y la Gilliam Films no puede perder un millón de dólares tan fácilmente! *The Oíd World* está a mitad de rodaje. Precisamente ayer nos dedicamos a pasar rushes y hay que volver a rodar algunas secuencias. Hay todo un equipo en pleno funcionamiento, Ernest. Cualquier demora, la de un simple día, significa miles de dólares perdidos. ¿Qué ocurrirá con Jennifer? ¿Con quién nos enfrentamos? ¿Quién es su secuestrador?

—Paga el millón de dólares y tendrá la respuesta, James.

—Puedo tener un cadáver.

Ernest Beymer arrugó instintivamente la nariz.

—No seas pesimista. Dudo que...

Sonaron unos golpes a la puerta del despacho.

El director general de la KSM entreabrió la boca para dar autorización, pero no fue necesario. La puerta giró dando paso a un individuo.

Un hombre joven. De unos treinta años de edad. Frente tersa, ojos grises, nariz perfilada y duras mandíbulas. Alto. De complexión atlética. Vestía deportiva chaqueta, camisa polo y pantalón a juego.

El individuo avanzó con indolencia.

—Buenas noches, caballeros. Mi nombre es Ronald Sherman. Me han designado para investigar la desaparición de Jennifer Bass.

James Gilliam parpadeó.

Había tomado al individuo por un jugador de basquetbol.

—Creí que el teniente...

—La Metropolitan Police simplemente ha verificado y comprobado la desaparición de Jennifer Bass. Es el Federal Bureau of Investigation quien se hace cargo del caso.

Los ojos de Gilliam se iluminaron.

—¿El

F. B. I.?

¿Es usted del...?

—Correcto —el llamado Ronald Sherman mostró su credencial—. James Gilliam, ¿no es eso?... A usted ya le conozco, Beymer. Le he visto aparecer por pantalla. ¿Sigue Barry Gammon en la KSM?

—Sí. En su despacho del Estudio Cinco —respondió Ernest Beymer—. Yo mismo le acompañaré a...

—Gracias, conozco el camino. Hasta luego.

—¡Sherman!...

El agente del

F. B. I.,

ya encaminando sus pasos hacia la puerta, giró sobre sus talones.

—¿Sí, Gilliam?

—Yo... si me necesita... quiero estar informado...

Sherman sonrió.

—Por supuesto que voy a necesitarle, Gilliam. ¿Tiene ya preparado el millón de dólares en billetes pequeños?

James Gilliam bizqueó.

Tragó saliva antes de responder.

—No... Antes debo reunir al Consejo de Administración de la Gilliam Films y decidir...

—¿Decidir? ¿Acaso dudan en el pago del rescate? Creí que la vida de Jennifer Bass estaba por encima de todo.

James Gilliam enrojeció.

—Por supuesto. La reunión del Consejo de Administración es un mero formulismo. Ya he decidido que se pague el rescate.

—No lo diga en ese tono lastimero, Gilliam —dijo Sherman, ampliando la sonrisa—. Recuperará el millón de dólares, pero debe estar preparado para la entrega. Si nos enfrentamos con secuestradores profesionales, demandarán el dinero en corto plazo. Sin dar tiempo a marcar los billetes pequeños. Empiece a reunirlos.

Ronald Sherman abandonó la estancia.

Sin esperar respuesta alguna de James Gilliam.

Se encaminó hacia uno de los elevadores.

La KSM era un gigantesco bloque de cemento emplazado en las afueras de Los Ángeles. En las Lange Hills. Formado por un edificio

central y varios anexos. Todo el colosal conjunto cercado y con diferentes vías de acceso.

Ronald Sherman pasó del bloque central a uno de los edificios anexos.

Destinado a grabación y producción de espacios. Con varios estudios. Uno de ellos el descomunal Estudio Cinco.

Encaminó sus pasos hacia el despacho de Barry Gammon.

Empujó la puerta de entrada.

Barry Gammon estaba solo en el despacho. Acomodado tras la mesa escritorio. En mangas de camisa. El nudo de la corbata aflojado. Con un cigarrillo humeando en los labios.

Alzó la mirada.

Y una mueca de estupor se reflejó en el rostro de Gammon.

—Ronald...

—En efecto, Barry. Yo soy.

—¡Ronald!

Barry Gammon se incorporó de un salto bordeando la mesa para tender sus brazos hacia el recién llegado.

Los dos hombres intercambiaron vigorosas palmadas.

—¿Cómo te encuentras, Barry?

—Bien, pero... ¿y tú? ¿De dónde sales? ¿Cuándo has llegado?

—Llevo ya un par de meses en Los Ángeles.

—¿Un par de meses? ¿Y no te has dignado a visitarnos?

—He estado muy ocupado, Barry. El traslado y todo lo demás.

—¿Ya no sigues en Oklahoma?

Ronald Sherman hizo una mueca.

—No me lo recuerdes. Dos años, Barry. Traslado disciplinario a Oklahoma. ¡Y gracias que no me destinaron a Alaska! Oklahoma y Alaska son los dos lugares de castigo para los agentes traviesos. Yo he pasado dos años en Oklahoma.

—Dos años... Sí, condenación... Lo recuerdo. El día de tu marcha nos emborrachamos hasta reventar. Terminamos por romper la máquina tragaperras del local del viejo Oliver.

—Eso fue hace tres años. Y en la víspera de tu boda con Natalie. Por cierto... ¿cómo está Natalie?

—¡Oh, muy bien! Se alegrará de verte, Ronald. Ahora mismo nos vamos a casa y lo...

—Más despacio, Barry. Mi presencia aquí está motivada por

cuestiones de trabajo. Ya estoy destinado de nuevo en Los Ángeles. Y mi especialidad son los secuestros.

—¿Quieres decir...?

—Sí, Barry. Me han encomendado el caso de Jennifer Bass.

Gammon movió la cabeza de un lado a otro.

—Aún me resisto a creerlo... Tenía la esperanza de que fuera una broma. Y cuando comuniqué con la Metropolitan Police estaba convencido de estar denunciando una broma pesada. Al notificarme el teniente que, en efecto, no había rastro de Jennifer, no perdí la esperanza de que la muchacha apareciera en algún lugar sana y salva. Que su desaparición había sido originada por una infantil rabieta.

—He sido informado superficialmente de todo lo ocurrido, Barry. Mis compañeros del
F. B. I.

han recogido las pesquisas llevadas a cabo por la Metropolitan Police y están ahora recabando la información e interrogando al personal del anexo. Parece ser que nadie ha visto salir a Jennifer. Ninguno de los guardianes de las salidas recuerda haber visto a Jennifer Bass abandonar la KSM. Y es de suponer que Jennifer utilizaría alguna de las puertas reservadas a personalidades. No acudiría a ninguna de las salidas generales utilizadas por el populacho. Ello nos indica que el hecho se originó aquí. Fue secuestrada en la KSM y sacada secretamente en algún vehículo. Es la hipótesis más razonable.

—Me siento mezquino, Ronald. Como un gusano. En mi *show* de hoy...

—Sí, lo sé. Lo he presenciado. Estaba en el apartamento de una amiga. También en Oklahoma procuraba no perderme ninguno de tus programas. Atacaste muy duramente a Jennifer.

—Creí que su ausencia estaba motivada por ese ridículo y caprichoso problema del maquillaje. Por primera vez me dominaron los nervios. Me jugaba mucho, Ronald. Era un gran triunfo el presentar en directo a la gran Jennifer Bass. No sólo para entrevistarla. Estaba programado que cantara en público. Su negativa a salir me alteró por completo.

—Ya había sido secuestrada.

—Sí... Después de hablar con ella estaba seguro de su

intervención. Pude leer en su rostro que estaba decidida a salir.

—Acompáñame al camerino, Barry.

Gammon asintió.

Tomó la chaqueta del respaldo del sillón.

Los dos hombres abandonaron la estancia.

El acceso a los camerinos del Estudio Cinco estaba custodiado por dos uniformados agentes de la Metropolitan Police. Un tercer agente montaba guardia ante el camerino utilizado por Jennifer Bass.

Ronald Sherman, tras identificarse ante el agente, penetró en la estancia seguido de Gammon.

—Mis compañeros del dactiloscopia ya han estado aquí —dijo Sherman, trazando una semicircular mirada por el camerino—. He repasado las declaraciones tomadas por la Metropolitan Police. Según tú, apenas salir de aquí, escuchaste el ruido de frascos al caer.

—Sí. Cerré la puerta y quedé unos instantes en el corredor. Esperando una posible llamada de Jennifer. Pude oír sus maldiciones contra mí y el estruendo de cristales. Imaginé que había arrojado al suelo todos los objetos del tocador.

Ronald Sherman dirigió la mirada al boudoir.

—Eso descarta la hipótesis de una resistencia de Jennifer frente a su raptor. Exceptuando esos frascos del suelo, ninguna otra señal de desorden. Jennifer conocía a su raptor o bien fue sorprendida sin tiempo a reaccionar.

—Ronald...

—¿Sí, Barry?

—¿Por qué me han elegido a mí? ¿Por qué yo el intermediario?

—Es mejor que tratar directamente con la Gilliam Films. Los secuestradores profesionales buscan como mediador a alguien ajeno al asunto. A ser posible un tipo frío y con nervios de acero. Alguien con gran movilidad. De difícil control. Tú reúnes todas esas cualidades, Barry. ¿Qué teléfono intervenir? ¿El de tu *bungalow*, el de tu despacho de la KSM, el de los estudios, el del hangar de ensayos...? Durante la semana deambulabas de un lado a otro preparando las entrevistas y actuaciones para tu *show* del martes, ¿no es cierto? No me sorprende que hayas sido tú el elegido. Sin duda los secuestradores te conocen tu ritmo de vida.

—Y también mi número privado.

—Cierto. Me he percatado de ese detalle en tu declaración. Esta misma noche quiero que procedas a redactar una lista con todos cuantos están al corriente del número privado de tu despacho.

Barry Gammon movió la cabeza.

—Eso es imposible, Ronald. En efecto se trata de un número privado, pero no secreto. Lo conoce infinidad de gente. Empezando por los máximos dirigentes de la KSM. Todos ellos disponen de un panel con los números privados de...

—Una lista de los amigos o conocidos que tú has proporcionado el número.

Barry Gammon ahogó un suspiro.

—Bien. Esta misma noche lo haré. Por supuesto que olvidaré más de un nombre.

—No te preocupes. Dudo que me sirva de algo, pero forma parte de la ruina del trabajo —Ronald Sherman consultó su reloj de pulsera—. Apuesto que no has cenado. Tu norma era, después de finalizar el *show*, recoger a Natalie y cenar en The Tower.

Gammon sonrió.

—Hemos cambiado esa costumbre. El éxito de mi programa terminó con ella. Finalizado el *show*, siempre había algún que otro problema. Natalie ya no me espera. Ni tan siquiera contempla el programa por la televisión. Cenamos en casa.

—¿Le has telefoneado?

—Por supuesto. No le he comunicado el secuestro de Jennifer. Simplemente le anuncié mi demora.

—Pronto la noticia será del dominio público.

—El hombre que llamó amenazó con matar a Jennifer si intervenía la policía.

—Es la advertencia habitual. No te preocupes. Marcha tranquilo a casa. Te voy a proporcionar un número de teléfono para que me llames apenas se pongan en contacto contigo.

—¿No me acompañas? Natalie se alegrará de verte.

Ronald Sherman dudó unos instantes.

Sus grises ojos adquirieron un leve destello.

—Bien... Te acompañaré. También yo celebraré ver a Natalie.

CAPÍTULO IV

Ronald Sherman se enfrentó con fingida indiferencia a la penetrante mirada de la mujer.

—Has cambiado, Ronald. En tan sólo dos años... has cambiado mucho.

Sherman succionó el cigarrillo.

Entornó los ojos.

Envolviendo con la mirada a Natalie Gammon.

Una mujer endiabladamente seductora. De perfectas facciones donde destacaban unos rasgados ojos y la sensual curva de los carnosos labios. Los ademanes y movimientos de Natalie eran distinguidos, pausados, o de gran dama. Lucía un favorecedor conjunto en crepón estampado. Su cuello de cisne adornado con un collar en oro amarillo con ópalos y perlas. Un par de sortijas brillaban en sus finas manos.

—Tú también has cambiado, Natalie. Parecía imposible, estás aún más hermosa. Debe ser la vida matrimonial. Te favorece.

Natalie dejó escapar en alegre carcajada los cascabeles de su garganta.

—Eres un cínico.

—Digo la verdad, Natalie.

—Al igual que yo. Te encuentro cambiado, Ronald. Más... envejecido.

—He cumplido recientemente los treinta, pero posiblemente aparente más. El clima de Oklahoma no es saludable. Han sido dos años muy duros.

—Son tus ojos, Ronald. Tu mirada. Es ahí donde te encuentro envejecido. Físicamente sigues joven y arrogante. Son tus ojos. Reflejan cansancio... y amargura.

Sherman forzó una sonrisa.

Exhaló una bocanada de humo.

Terminó por aplastar el cigarrillo en el artístico cenicero de bronce.

—No me sorprendería.

—Me guardas rencor, ¿verdad, Ronald?

—¿Rencor?

—Era tu prometida. Tu chica. Lo era desde niña, ¿recuerdas? Y decidí casarme con Barry.

—¿Eres feliz, Natalie?

Se miraron a los ojos.

Intensamente.

—Sí, Ronald. Lo soy.

Sherman se incorporó del sillón.

Con una amplia sonrisa.

—Eso es lo único que importa, Natalie. Tu felicidad. Yo no lo hubiera conseguido. No estoy hecho para el matrimonio. Barry es un gran tipo. No me sorprende que encuentres la felicidad a su lado.

—Ronald...

—¿Sí?

—¿Me sigues queriendo?

De nuevo enfrentaron sus miradas.

—No.

La seca respuesta del agente del

F. B. I.

hizo esbozar una sonrisa en los gordezuelos labios de Natalie.

—Poco después de mi boda apenas te dejabas ver... luego tu marcha a Oklahoma... Ahora, con unos meses en Los Ángeles, tampoco te has dignado a...

—Soy un tipo muy ocupado, Natalie.

—Creí que tu traslado a Oklahoma fue voluntario. Solicitado por ti.

—¿Voluntario? ¿Ir a Oklahoma voluntario? —rió Sherman—. No, Natalie... Fue un castigo disciplinario. Lamento herir tu vanidad, pero no escapé de ti.

—¿No me formulas la pregunta?

—¿Qué pregunta?

—¿No quieres saber si sigo enamorada de ti?

Desde el salón se escuchó el abrir de la puerta del *bungalow*. Las pisadas en el *living*. Y la voz de Banny Gammon.

—¡Ya estoy aquí!

Gammon apareció sonriente.

—Ya voy por el segundo *whisky* —dijo Sherman—. Un magnífico *whisky*.

—Disculparme. La puerta del garaje sigue sin el automático. Y Natalie aparca su Corvette de cualquier manera. Sin apenas espacio para mi auto.

—Confío en tu habilidad —sonrió Natalie.

—¿Cómo has encontrado a nuestro amigo Ronald?

La mujer posó nuevamente sus almendrados ojos en Sherman.

Sin borrar la sonrisa de los labios.

—Igual que siempre. No ha cambiado nada.

—Opino lo mismo, cariño —Barry Gammon se aproximó al mueble bar—. Sigue igual de informal. ¡Lleva un par de meses en Los Ángeles y ni tan siquiera se molesta en telefonearnos! Fue una buena sorpresa el verle aparecer por la KSM.

Natalie se incorporó del sofá.

La sonrisa se eclipsó de su bello rostro.

—Por unos momentos hemos olvidado el secuestro de Jennifer... Es horrible. El mundo se ha convertido en un auténtico caos. Domina el odio, la maldad, la ambición... En más de una ocasión he temido por la seguridad de Barry.

—¿Por mí? ¿Secuestrarme a mí? ¡No sueltes ni un centavo, Natalie!

—No estoy bromeando, Barry. Ya no hablo de secuestros, pero el *show* de la KSM te ocasiona muchos enemigos. Me gustaría que lo dejaras. Te lo he suplicado en más de una ocasión.

Gammon se sirvió un largo vaso de *whisky* con soda.

—Puede que el *show* de hoy haya sido el último.

—¿De veras? ¡Oh, Barry!

La mujer se abrazó a Gammon, pero éste la rechazó con una sonrisa.

—Un momento, un momento... No será por decisión mía. Después de lo ocurrido es lógico que Ernest Beymer cancele el *show*. Yo atacando como un poseso a Jennifer Bass, y la infortunada muchacha en manos de unos secuestradores. La Gilliam Films

presionará en la KSM. Me retirarán el programa.

—¡Y yo lo celebraré! —exclamó Natalie—. Eres inteligente, Barry. Demuéstralo en otro programa.

—Espero que Jennifer salga con bien del secuestro. En caso contrario, mi futuro en la KSM no es muy prometedor.

Natalie desvió la mirada hacia el agente del

F. B. I.

—¿Qué opinas del secuestro, Ronald?

—Se solucionará.

—¡Seguro! —Barry Gammon vació el vaso de *whisky*—. Ronald es especialista.

Sherman consultó el reloj.

—Debo irme. Me queda aún mucho trabajo por realizar. Voy a leer más detenidamente las declaraciones tomadas por la Metropolitan Police al personal de Estudio Cinco y los interrogatorios en camerinos.

—Cuenta con mi ayuda.

Ronald Sherman asintió.

—Lo sé, Barry. Si urge alguna novedad, no olvides llamar de inmediato a ese número que te he proporcionado. Sin tomar por tu cuenta decisión alguna.

—Descuida.

—Mañana a primera hora acudirán unos técnicos para intervenir el teléfono. Un agente del

F. B. I.

montará guardia aquí, en el *bungalow*. Simple rutina. Disculpa las molestias.

El matrimonio Gammon acompañó al agente del Federal Bureau of Investigation hasta el porche.

—¿Qué decisión ha tomado la Gilliam Films? —inquirió Barry Gammon.

—Pagarán el rescate. James Gilliam está ahora reuniendo el millón de dólares en billetes pequeños. Si los secuestradores demoran el ponerse en contacto contigo, tal vez nos dé tiempo a marcar los billetes; aunque eso es algo que no me preocupa. Yo tengo otros métodos. Buenas noches.

—Hasta mañana, Ronald.

—Adiós, Ronald —murmuró Natalie—. Lamento que nuestro

reencuentro haya sido en circunstancias poco agradables.

Sherman descendió los escalones del porche.

Sonrió.

—Como dice Barry, soy un especialista. Todo saldrá bien.
¡Adiós, amigos!

El agente del

F. B. I.

se alejó por el asfaltado sendero que circundaba el seto central del jardín y conducía a la salida del amurallado *bungalow*.

Barry Gammon, desde el porche, movió afirmativamente la cabeza.

—Cierto, si alguien puede solucionar el secuestro de Jennifer Bass, ése es Ronald. Aunque... no todo dependerá de él.

—¿Qué quieres decir?

—Tú lo ignoras, Natalie; pero yo sí conozco las causas que motivaron el traslado disciplinario de Ronald a Oklahoma. El mismo me lo contó. Fue a raíz del caso Harrison.

—¿El secuestro de la pequeña Betsy Harrison?

—Sí. Ronald formó parte del equipo del

F. B. I.

que trabajó en el caso. Y fue Ronald quien llegó ante el raptor descubriendo su guarida. Y descubriendo también el cadáver de la niña.

—Gordon Shire... Ése era el nombre del asesino, ¿verdad?

—En efecto. Gordon Shire. Un individuo de la alta sociedad. Podrido de dólares. Un repugnante sádico sexual que violó y asesinó a la pequeña. Ronald le vació el cargador del revólver en la cabeza.

—Se lo merecía.

—No lo dudo, Natalie, pero hay un pequeño detalle... Gordon Shire estaba desarmado.

CAPÍTULO V

Jennifer entreabrió los ojos.

Volvió a cerrarlos.

Como si le pesaran los párpados.

Se llevó ambas manos a la cabeza. Acusando un fuerte dolor en las sienes. Unas lacerantes punzadas al unísono con los latidos de su corazón.

Consiguió abrir los ojos.

Y recordar lo ocurrido.

El encapuchado.

El Encapuchado Rojo...

Jennifer estaba tendida en un camastro. Se incorporó de un salto. Instintivamente llevó las manos a la cabeza ahogando un gemido de dolor.

Tenía la boca pastosa.

Experimentando náuseas.

Recordaba la entrada del encapuchado en el camerino. Avanzando hacia ella. Y su ataque con aquel paño impregnado en cloroformo u otro narcótico.

Eso era todo cuanto recordaba.

Jennifer parpadeó.

Se encontraba en una pequeña habitación. Sobre un camastro. Dirigió una mirada por la estancia.

Y fue entonces cuando se percató de que no estaba sola.

El miedo paralizó a la muchacha.

Ahogando el grito que asomó a sus labios.

—¿Quién... quién es usted...?

Había un individuo junto a un longitudinal armario metálico.

Un hombre corpulento. De voluminosa cabeza. Grandes orejas.

Aplastada nariz. Boca desmesurada... Sus manos, también grandes y fuertes, se apretujaban la una contra la otra nerviosamente.

—No... no tengas miedo...

Jennifer contempló más detenidamente al individuo.

Parecía ocultarse de ella.

Sin separarse del armario metálico.

La voz del individuo era tartamudeante. Nasal. Característica de un catcher sonado. También su aspecto.

Sí.

Era el de un catcher castigado por brutales palizas en el *ring*.

El hombre se decidió a avanzar.

Hacia Jennifer.

Sonriendo.

Con una mueca que acentuaba el desagradable aspecto de su rostro. Un hilillo de baba asomó por la comisura de sus labios.

—Eres... eres muy bonita, Jennifer... te he visto... te he visto en las películas... Ahora eres mía... Sólo para mí...

Jennifer se incorporó por completo.

Dominada por el miedo.

Miró a izquierda y derecha. Nerviosamente. En busca de alguna posible huida. Descubrió la puerta. Casi confundida con las acolchonadas paredes de la habitación.

Corrió hacia la puerta.

Sin que el individuo tratara de impedirlo.

—¡Abrir! ¡Por favor! ¡Sacadme de aquí! —Jennifer comenzó a golpear la puerta—. ¡Abrir!

Ningún sonido.

Era como si los cerrados puños de Jennifer golpearan sobre mullido colchón. La voz resonaba en el interior de la estancia como si se tratara de una cámara de resonancias.

—No... no puedes salir, Jennifer...

La joven giró hacia el individuo.

Con el rostro desencajado.

—Se lo suplico... ¿Qué quiere de mí?... ¿Por qué me ha encerrado?...

El individuo parpadeó.

Con una estúpida mueca reflejada en el rostro.

—¿No... no te lo han dicho?... Tú eres mía... El me lo

prometió...

Un sonido se escuchó a espaldas de Jennifer.

En la puerta.

El deslizarse de la cerradura.

La hoja se abrió para dar paso a un individuo de rostro alargado, equino. Frisaba en los cuarenta años de edad. Se cubría con un guardapolvos gris que casi le llegaba hasta los tobillos.

Sonrió posando sus ojos en Jennifer.

—Ya ha despertado la gran estrella...

—¿Quiénes son ustedes?... ¿Qué quieren de mí?... ¡Déjenme salir!... ¡Quiero salir de aquí!

El recién llegado proyectó su zurda.

En rápido movimiento semicircular.

Un trallazo al rostro de Jennifer que la impulsó sobre el camastro.

—No... no has debido hacer eso, Curtís —murmuró el individuo con aspecto de catcher moviendo la cabeza apesadumbrado—. No quiero... no quiero que le pegues...

El llamado Curtis rió en estridente carcajada.

—¿Cómo piensas retenerla tú, Jonathan? ¿Con palabras amorosas? ¡No, condenación! No daría resultado. Tienes que utilizar la fuerza, muchacho. Sólo así la dominarás. Con unos cuantos golpes la tendrás dócil y sumisa. En caso contrario se burlará de ti. Y escapará de tu lado. Se largará.

—No...

—Eso ocurrirá si te muestras blando, Jonathan. Nosotros te hemos hecho el regalo. Mantenerlo en tu poder es problema tuyo.

—No la dejaré escapar... es mía... No se burlará de mí...

La figura surgió en la estancia silenciosa. Como si se hubiera filtrado por las paredes. Sin el menor ruido.

Fantasmal.

El encapuchado.

El Encapuchado Rojo.

Allí estaba.

Bajo el umbral de entrada.

Con aquellos ojos brillando bajo la tela roja de la capucha.

—¡Encapuchado! ¡Oh, gracias! —exclamó Jonathan, inclinándose ante el fantasmal individuo—. ¡Gracias, encapuchado!

Has cumplido tu promesa.

La voz del encapuchado sonó ronca.

Desfigurada por la tela.

—Siempre cumplo mi palabra, Jonathan. Y tú debes cumplir la tuya. Cuidar de Jennifer. Vigilarla día y noche. Si permites que salga de aquí... te mataré.

—Oh, no... cuidaré de ella...

El encapuchado avanzó hacia Jennifer.

La muchacha, sobre el camastro, le contempló horrorizada.

El encapuchado le tendió un periódico. Un ejemplar de Los Ángeles Times. Con la tinta aún fresca. En primera plana, en grandes titulares, se comunicaba el secuestro de Jennifer Bass.

—Vamos a hacerte una fotografía, Jennifer —dijo el encapuchado, moviendo en abanico su negra capa—. Procura salir favorecida. Adelante, George.

George Curtis introdujo su diestra en uno de los grandes bolsillos del guardapolvos.

Extrajo una máquina fotográfica instantánea.

Se situó frente a la pálida Jennifer.

—El periódico sujeto con las dos manos, Jennifer... Eso es... Un poco más bajo. No has de ocultar tu lindo rostro. Una sonrisa... ¿no?... Bueno, tampoco importa...

Curtis accionó el pulsador.

Esperó unos instantes antes de sacar la cartulina.

—¡Magnífico! ¿Qué te parece?

El encapuchado dirigió una superficial mirada a la fotografía.

Hizo una seña.

George Curtis tendió la cartulina a la muchacha.

—Ahí, Jennifer. En el dorso —señaló el encapuchado—. Escribe unas breves líneas. Únicamente comentando que te encuentras bien, que somos muy peligrosos y que paguen el rescate sin problema alguno.

Curtis ofreció una pluma a la actriz.

Jennifer comenzó a escribir.

Temblorosa.

—Más tranquila, Jennifer —aconsejó el encapuchado con su ronca voz—. Deben reconocer tu letra.

Jennifer terminó de escribir. Sin haber controlado aquel visible

temblor en su diestra.

George Curtís le retiró la fotografía y la pluma.

Tendió la cartulina al encapuchado.

—Muy bien, nena, muy bien... Salgamos, George.

—¡Encapuchado!

El individuo giró.

Fijando aquellos destelleantes ojos en Jonathan.

—¿Sí, Jonathan?

—¿Cuándo... cuándo terminarás con la banda de los zombies?

En... en el último capítulo escapaba Kadul... Terminarás con ellos, ¿verdad? Tú eres poderoso...

La risa se incrementó en el encapuchado.

—Seguro, Jonathan. ¿No lo he demostrado? He exterminado a la Garra Amarilla, a los Adoradores del Sol, los Sin Rostro... y he dominado a las más bellas mujeres. La princesa Zadia, las hijas del Mar, las danzarinas del fuego...

Jonathan también rió.

Moviendo repetidamente la cabeza.

—Sí... sí... Todas muy bonitas... Jennifer también lo es, ¿verdad, encapuchado? Ella es mi favorita.

—Lo sé, Jonathan. Y prometí que sería tuya. Ya la tienes. ¿Recuerdas la condición? Debes mantener el secreto y cuidar de ella. Si lo comentas con alguien te la quitarán y yo te castigaré con la muerte. Debes impedir que salga de aquí. Tratará de escapar, Jonathan. No le creas una sola palabra de cuanto te diga. Se burlará de ti. Como lo han hecho todas. No lo permitas, ¿de acuerdo?

—No... Jennifer es mía... no se marchará jamás de aquí...

—Eso es. Adiós, Jonathan. Volveré.

George Curtís y el encapuchado abandonaron la estancia.

Se escuchó el pasador de la cerradura al ser nuevamente acoplado.

—El Encapuchado Rojo... ¡Es invencible! —rió Jonathan, con agudo eretismo—. ¡Poderoso!

—No existe. El Encapuchado Rojo no existe.

Jonathan sacudió la cabeza.

Contemplando perplejo a Jennifer.

—¿Qué dices?

La muchacha tragó saliva con dificultad.

Dominando su miedo.

—El Encapuchado Rojo es un actor. Yo le conozco. Dan Englund es su nombre. Puedo hablarte de él. Empezó como extra. Luego hizo papeles secundarios, pero jamás destacó. No es un buen actor. Se especializó como «stunt-man». Doblando a los actores famosos en las escenas peligrosas. Su musculatura y dotes acrobáticas hicieron que la KSM le designara para el papel de Encapuchado Rojo. Se trata de un cómic. Un cómic llevado a la pantalla. Todo es ficción. No existe el...

—¡Mientes!

—Ese hombre... No creo que se trate de Dan Englund. Es un delincuente... un canalla que utiliza el disfraz de...

—¡El Encapuchado Rojo sí existe! ¡Sí existe! —vociferó Jonanthan, agrandando los ojos en demente brillo—. ¡Es poderoso! Y tú... también tú apareces en la pantalla...

—Yo soy Jennifer Bass. Una actriz que...

—Tú eres mía —interrumpió Jonanthan, acentuando la demente mueca reflejada en su rostro—. Un regalo del Encapuchado Rojo para mí.

Aquella demoníacas facciones estremecieron a Jennifer.

—No... no me toques...

Jonanthan continuó su avance.

Tendiendo sus grandes manos hacia el cuerpo femenino.

Jennifer gritó. Dejando escapar en desgarrador alarido todo su terror. Se incorporó. Pugnando por zafarse de aquellas garras.

El vestido, aquel lujoso vestido de noche, se desgarró.

Un trozo de fina tela quedó entre las manos de Jonanthan.

Jennifer Bass cruzó los brazos sobre el pecho para cubrir la desnudez de sus senos.

Contempló horrorizada el rostro de Jonanthan.

Transfigurado.

Con aquel hilillo de baba asomando de nuevo por entre la comisura de sus labios.

—No... no...

Jonanthan saltó sobre la muchacha.

Con infrahumano rugir.

Como una bestia.

Jennifer cayó sobre el camastro. Ahogando un grito al soportar

el peso del individuo. Aunque casi sin respiración, consiguió gritar aterrada. Braceando. En vano intento por librarse de su opresor.

Jonanthan rió.

Consciente de su superioridad.

—Curtís tiene razón... Sí... Tengo que dominarte... Debo hacerlo...

Comenzó a golpear a Jennifer.

Una y otra vez.

La cabeza de la muchacha osciló de izquierda a derecha acusando la brutalidad de los golpes.

Quedó aturdida.

Inmóvil.

Como una sombra procedente del más tenebroso de los abismos contempló al individuo inclinarse sobre ella.

Jennifer ya no gritó.

CAPÍTULO VI

Ronald Sherman pulsó el llamador por segunda vez.

Consultó el digital de su reloj de pulsera.

Siete horas cuarenta y dos minutos.

Ciertamente no era una hora muy acorde para efectuar visitas, aunque eso poco importaba a Sherman. Cuando se disponía a presionar por tercera vez el timbre, se entreabrió la puerta. Con una gruesa cadena de seguridad acoplada.

Asomó el rostro de Paula Logan.

Acusando una cierta somnolencia.

La muchacha parpadeó contemplando a su sonriente visitante.

—¿Qué... quiere?

Ronald Sherman extrajo su credencial.

La mantuvo unos instantes visible.

—Ronald Sherman, agente del Federal Bureau of Investigation. Es referente al secuestro de Jennifer Bass.

—Ayer me tomó declaración la Metropolitan Police. Me citaron para hoy, a las diez, en las oficinas del Federal Bureau of Investigation.

—Correcto, Paula, pero voy a estar muy ocupado a esa hora. He decidido adelantar la cita. ¿No puedo pasar?

La muchacha, tras breve indecisión, asintió.

—Un momento, por favor...

Cerró la puerta.

Retornó a franquearla a los pocos segundos. Anudando a la cintura un lazo de la larga bata de seda estampada.

Sherman se adentró en el apartamento.

Dirigió una burlona mirada a la joven.

—Un policía es como un médico, Paula. Hay que tener confianza

en nosotros. No me hubiera importado verte sin bata.

Paula parpadeó.

Dirigiendo una inquisitiva mirada a Sherman.

—¿Seguro que es agente del

F. B. I.?

—¿Te enseñó otra vez la credencial?

La joven hizo un mohín.

—No es necesario. Sin duda todo está cambiando. Hasta el íntegro y caballeroso

G-men.

—Eso murió con Hoover. ¿Tienes café?

Paula volvió a parpadear.

Su mirada se hizo inquisitiva.

—Oye, Ronald... o como diablos te llames. Ayer, con todo ese jaleo en la KSM, me acosté muy tarde. Tenía proyectado dormir hasta las nueve, pero tú me has despertado.

—Tienes suerte, Paula. Yo aún no me he acostado. ¿La cocina es por ahí...?

Sherman no esperó respuesta.

Se adentró por el corredor descubriendo de inmediato el emplazamiento de la cocina.

Comenzó a rebuscar por las estanterías.

—Oye...

—Tranquila, Paula. Déjame a mí. Vivo solo y estoy acostumbrado a estos menesteres. Muy cargado, ¿verdad? He leído más de una veintena de declaraciones, Paula. Me refiero únicamente a las que dicen algo de interés. Me he centrado en las tomadas en camerinos y personal del Estudio Cinco. Todas coinciden. Nadie vio salir a Jennifer Bass del Estudio Cinco. Ni tan siquiera de los vestuarios. ¿Dónde está el tostador? ¡Ah, ya lo veo! Puede que tú y Barry Gammon fuerais los últimos en ver a Jennifer antes de ser secuestrada.

—No tengo nada más que añadir a mi declaración, Ronald. Todo cuanto...

—¿Qué me dices del Encapuchado Rojo?

—No comprendo...

—En tu declaración afirmas haberte cruzado con el Encapuchado Rojo por los pasillos del Estudio Cinco. Me llamó la

atención.

—¿Por qué? Es un popular personaje de la KSM.

—Lo sé. He vomitado viendo alguno de los episodios de la serie. En las otras declaraciones, en ninguna de ellas, se menciona al Encapuchado Rojo. He interrogado al personal del Estudio Cinco. Nadie vio ayer al Encapuchado Rojo. Incluso se sorprendieron por mi pregunta. El Encapuchado Rojo no es un habitual del Estudio Cinco. Los capítulos de la serie se ruedan en los decorados que la KSM tiene instalados en Grier Fiat. También me intrigó el que mencionaras al Encapuchado Rojo.

—Fue en respuesta a una pregunta del interrogatorio de la policía. Se me preguntó si había visto a alguien ajeno a los camerinos deambular por allí. Dan Englund, aunque no es ajeno a la KSM, ciertamente lo es del Estudio Cinco.

—¿Dan Englund?

—El actor que encama al personaje de...

—Sí, sí..., pero tú mencionaste en la declaración al Encapuchado Rojo. ¿Por qué no nombraste a Dan Englund?

Paula se encogió de hombros.

Esbozó una sonrisa.

—Pues... no sé. Puede que por el simple hecho de que Dan Englund fuera con su vestimenta de Encapuchado Rojo. Tal vez eso me impulsó a mencionar el nombre de ficción. ¿Qué importancia tiene? Dan Englund está tan identificado con su personaje que instintivamente si nombramos al Encapuchado Rojo nos referimos al actor.

—Comprendo. ¿Hablaste con él en los pasillos del Estudio Cinco?

—No. Le vi encaminarse hacia los camerinos. Imagino que iba a saludar a alguno de los artistas invitados al *show* de Barry Gammon.

—¿Y no te sorprendió el verle con su disfraz de Encapuchado Rojo?

—En absoluto. Podía venir del rodaje o de cualquier reportaje periodístico. Dan Englund fomenta al máximo su personaje. Incluso en ocasiones se presenta en el *snack* con su colorida y fantasmal vestimenta. Únicamente me sorprendió el que llevara colocada la capucha.

Ronald Sherman, que ya desconectaba la cafetera eléctrica, giró

hacia la muchacha.

Arqueando las cejas.

—¿Quieres decir...? ¿No llegaste a ver su rostro?

—No.

—Entonces... ¿cómo sabes que era Dan Englund?

—¿Quién otro podía ser? —inquirió Paula, perpleja—. ¡Era Dan Englund! Llevaba su traje de Encapuchado Rojo.

—Eso nada significa. Puede que mi corazonada haya resultado cierta. Investigaré en ello. Fue un acierto venir aquí. Acentuado por el placer de conocerte. Eres un verdadero encanto, Paula.

Los grises ojos de Ronald Sherman se habían posado muy significativamente en la entreabierta bata.

Parecía ser la única prenda a lucir por Paula. Sus senos, turgentes y firmes, se marcaban provocativos bajo la fina tela. Resaltando el redondeado y saliente pezón. El lazo de seda que ceñía la cintura hacía turbador contraste con la suave curva de las caderas.

La muchacha forzó una sonrisa.

Consciente del examen a que estaba siendo sometida.

—También tú eres una joya, Ronald. Al menos preparando el desayuno. Déjame al menos colocar las tazas en la mesa.

Sherman se acomodó a la mesa.

—¿Cuánto tiempo llevas con Barry Gammon?

—Aproximadamente un año. Soy una de sus secretarias. Dedicada en exclusiva al *show* de Barry Gammon. Supervisar guiones, decorados, maquillajes, relaciones públicas, contratos... Somos muchos trabajando para Gammon.

—Un gran tipo.

—¿Le conoces?

—Seguro. Me quitó la novia.

Paula terminó de servir la mesa.

Dirigió una curiosa mirada a Sherman.

—¿Te refieres a Natalie?

—Ahá.

—¿Y sigues sin novia, Ronald?

—Acabo de encontrar mi alma gemela.

El movimiento de Ronald Sherman fue rápido. Sorprendiendo a la muchacha. La atrapó por la cimbreante cintura. Tiró de ella

acomodándola entre sus brazos. Reclinándola hacia atrás.

Y antes de que Paula pudiera reaccionar, le estampó un beso en la boca.

Un largo beso que la sorprendida joven no logró evitar.

El mismo Sherman enderezó a la perpleja muchacha.

Y Paula terminó por reaccionar.

Furiosa.

—Eres... eres... ¡Eso! ¿Quién te has creído que eres? Te presentas a primeras horas de la mañana, sin previo aviso, me sometes a interrogatorio y...

—Aún eres más bonita cuando te enfadas, Paula —Sherman vació la taza de café—. Me gustaría seguir un poco más contigo, pero debo irme. Ya no es necesario que te pases por el Federal Bureau of Investigation. Yo lo solucionaré. No, no me des las gracias.

—¿Las gracias? ¡Estaba durmiendo y tú...!

Ronald Sherman se había incorporado.

Y nuevamente sorprendió a Paula.

Besándola fugazmente.

—Adiós, Paula. Nos volveremos a ver.

El agente del

F. B. I.

abandonó la estancia pasando al *living*.

Abrió la puerta del apartamento.

Antes de salir desvió la mirada hacia el corredor. Paula, bajo el umbral de la cocina, se había asomado para presenciar su marcha. Con una leve mueca de estupor en el rostro.

Sherman volvió a despedirse con una sonrisa.

Abandonó el edificio.

El 771 de Whal Street.

Acudió hacia el Buick estacionado en doble fila. Silbando por lo bajo. Más eufórico que antes de entrevistarse con Paula Logan.

Y no por efectos del estimulante café.

Se acomodó frente al volante.

Antes de iniciar la marcha extrajo un radio-transmisor del bolsillo interior de la chaqueta. Lo depositó sobre el salpicadero del auto a la vez que accionaba la palanca del transmisor acoplado al vehículo.

Enfiló hacia Leimert Park.

A la sede del Federal Bureau of Investigation en la populosa ciudad de Los Ángeles.

Fue a los diez minutos de recorrido cuando sonó la voz por el transmisor. Precedida por el peculiar zumbido de aviso.

—Central a coche

LAF-4...

Central a coche

LAF-4...

Sherman atrapó el micro.

—Aquí

LAF-4.

—¡Eh, Ronald! ¿Dónde te encuentras? Corto.

El agente del

F. B. I.

dirigió una rápida mirada a izquierda y derecha.

—En Welshire. Voy hacia ahí. Corto.

Se escuchó una risa por el altavoz.

—Cambia el rumbo, Ronald. El inspector McDowall ya está camino de la KSM. A reunirse con Barry Gammon. Los secuestradores de Jennifer ya han establecido sus condiciones.

CAPÍTULO VII

En el despacho de Barry Gammon, en la KSM.

Allí se encontraban James Gilliam y el inspector David McDowall. Este último SAC del Federal Bureau of Investigation para la ciudad de Los Ángeles.

Junto con Barry Gammon.

Sobre la mesa una fotografía de Jennifer Bass. A todo color. Parapetada tras un ejemplar de Los Ángeles Times.

—Es la letra de Jennifer Bass —aseguró el inspector McDowall, tras cotejar con un escrito proporcionado por James Gilliam—. No es necesario que lo certifiquen los expertos.

—Al menos está con vida —suspiró Gilliam.

David McDowall frisaba en los cincuenta años de edad. Era un veterano del

F. B. I.

Ya de pequeño, en la cuna, mordisqueaba la insignia de patrullero de su padre. Hijo y nieto de policías.

Fijó su mirada en James Gilliam.

—Sí. En el momento de hacerle la fotografía y escribir la nota, estaba con vida.

Gilliam palideció.

—¿Qué... qué quiere decir?

—Olvídelo. ¿Tiene ya el dinero?

—Uno de los apoderados de la Gilliam Films llegará de un momento a otro. No es fácil reunir un millón de dólares en billetes pequeños.

El inspector asintió con un movimiento de cabeza.

Pensativo.

—Se han movido demasiado rápido. Me sorprende esa premura.

No es habitual en profesionales. Parecen tener mucha prisa por hacer el canje. Los secuestradores profesionales siempre dejan pasar un par de días antes de establecer el contacto definitivo. Juegan a incrementar la inquietud.

—Puede que no sean profesionales —comentó Barry Gammon.

—Lo dudo. No han dejado ni la menor huella. Ninguna pista —dijo el inspector McDowall, iniciando un corto deambular por la estancia—. Sólo tenemos la sospecha de que es alguien vinculado a la KSM. Al menos conoce el terreno.

—Inspector...

—¿Sí, señor Gilliam?

—La Gilliam Films va a pagar un millón de dólares. Queremos tener la seguridad de que Jennifer nos será entregada sana y salva. Si los secuestradores han exigido que la policía no intervenga, prefiero que...

—Tranquilo, señor Gilliam. El secuestro es uno de los delitos más odiados por el Federal Bureau of Investigation. También nosotros somos profesionales. No nos dejaremos ver. Actuaremos sin poner en peligro la vida de Jennifer Bass.

—Si al millón de dólares añadimos la muerte de Jennifer... Sería el fin para la Gilliam Films. The Oíd World está incompleta. A mitad de rodaje. Ninguna otra actriz puede sustituir a Jennifer. El maldito Charles Rafelson tal vez nos resulte profético.

—¿A qué se refiere? —interrogó el inspector—. ¿Quién es ese Charles Rafelson?

Las facciones de James Gilliam se crisparon.

—Un famoso columnista. Muy popular y temido en el mundo de Hollywood. Escribe para varias publicaciones especializadas en el cinema. Jennifer se negó reiteradamente a ser entrevistada por Rafelson. Se somete a ruedas de prensa, pero jamás ha concedido una entrevista en exclusiva. Charles Rafelson, cuando Jennifer fue nominada como candidata al Oscar, escribió en su columna que antes de que terminara el rodaje de The Oíd World lograría entrevistarla en exclusiva. Y lo intentó. ¡Bien que lo intentó! Su acoso a Jennifer fue casi paranoico. Consciente de lo prometido a sus lectores. Las negativas de Jennifer le sacaban de quicio. Llegó incluso a amenazarla.

—¿Qué tipo de amenaza?

—Dijo que hundiría The Oíd World. Que él, desde sus escritos, hundiría la película antes de su estreno. Que The Oíd World jamás llegaría a ver finalizado su rodaje.

—Muy interesante...

—No lo considere así, inspector —intervino Barry Gammon—. Conozco a Rafelson. Es un ser orgulloso e irritable, pero sólo en fachada. Le considero incapaz de planear un secuestro.

Se abrió la puerta del despacho.

Dando paso a Ronald Sherman.

—Disculpen, caballeros —dijo el inspector, avanzando hacia el agente del
F. B. I.

—. Acompañeme, Sherman.

Los dos hombres del Federal Bureau of Investigation abandonaron la estancia.

Las facciones de David McDowall se endurecieron.

—¿De dónde diablos sale, Sherman? Le he esperado en el Departamento. Cuando Barry Gammon nos dio aviso...

—No me fui a dormir, inspector.

McDowall empuñó los ojos.

Fijos en su subordinado.

—Creo que he hecho mal encomendándole el caso. Barry Gammon es el enlace, ¿no? ¿Por qué no permaneció a su lado?

—¿Perdiendo el tiempo? Envié a Ward Cooper y Nick Sharkey al *bungalow* de Gammon. Ya eran suficientes invitados para el desayuno. Me comunicaron por radio y estoy aquí. ¿Acaso no llego a tiempo?

David McDowall resopló.

—Sí..., sí llega a tiempo. La entrega del dinero se efectuará a las doce del mediodía. Dentro de pocas horas.

—¿Dónde?

—Aquí. En la KSM. En el parque infantil. El mismo Barry Gammon deberá pasear con la maleta por el parque. ¿Cuántos hombres necesita, Sherman? Tengo aquí a Cooper, Lewis, Scott y Malden.

—Suficientes.

El inspector empuñó aún más los ojos.

—¿Suficientes? ¿Se da cuenta de la zona a cubrir? ¡Esto es

inmenso! El parque infantil ocupa una extensión de...

—Tampoco debemos asustar a la pieza, señor —interrumpió Sherman—. Déjeme a mí. Voy a hablar con Barry Gammon para ultimar detalles. Luego me reuniré con los muchachos.

—No quiero que la chica corra riesgo alguno, Sherman. No actúen precipitadamente. Permitan que se larguen con el dinero y no le pierdan de vista. Controlen las posibles salidas y tengan preparado...

—Déjeme a mí, señor.

Ronald Sherman giró sobre sus talones.

Dando por terminada la conversación.

Al encaminar sus pasos hacia el despacho de Gammon, se cruzó con James Gilliam que salía a grandes zancadas. Sin percatarse de la presencia del agente del

F. B. I.

Gammon estaba junto a la puerta.

—Hola, Ronald...

—¿Dónde es el fuego?

Barry Gammon esbozó una sonrisa.

—El señor Gilliam corre a reunirse con uno de los apoderados de la productora. El millón de dólares acaba de llegar.

—Parece que el asunto se solucionará rápido —comentó Sherman, penetrando en el despacho.

—Eso opina también el inspector McDowall. Y no le gusta.

Ronald Sherman se dejó caer en uno de los sillones.

—Yo lo prefiero así. ¿Cuándo ocurrió, Barry? ¿Cómo se han puesto en contacto contigo?

—Esta mañana salí muy temprano de casa. Uno de tus compañeros quedó allí manipulando en el teléfono. Otro agente del F. B. I.,

un tal Ward Cooper, me siguió hasta la KSM. Quise desplazarme aquí para mejor confeccionar tu lista. Aquí, en mi despacho, tengo una relación de nombres, agentes artísticos, estrellas del espectáculo y demás, que conocen mi número privado. Terminada la lista fui a la cafetería del Estudio Cinco.

—Seguido de Cooper.

Gammon asintió.

—En efecto. Apenas entrar en el *snack* recibí la llamada. Por el

altavoz. Una comunicación para mí en la cabina ocho. Era el tipo de la primera vez. Debo deambular con el millón de dólares por el parque infantil de la KSM. Hoy. A las doce del mediodía. Al solicitar pruebas de que Jennifer Bass estaba con vida, me respondió que en la sala de correspondencia de la KSM había un sobre a mi nombre. Luego colgó. Fue muy breve. Sólo reiteró su advertencia de ausencia total de policías.

—Dudo que mi compañero Cooper lograra averiguar algo en la centralilla de la KSM.

Ronald Sherman sonrió.

—Pero sí había un cómplice aquí. Te llamaron a la cafetería del Estudio Cinco. Sabían que te encontrarían allí.

—Temo por la vida de Jennifer. Ese individuo no parecía bromear. Me responsabilizó a —mí. Dijo que si intervenía la policía, también yo pagaría las consecuencias.

—Todo saldrá bien.

—¿Cuál es tu plan?

—Voy a conversar ahora con mis compañeros —Sherman echó una rápida mirada al reloj—. No dispones de mucho tiempo. Yo me convertiré en tu sombra, Barry; pero nadie se percatará de ello.

Gammon encendió un cigarrillo.

Nerviosamente.

—Estoy deseando que termine este desagradable asunto. Ya he empezado a pagar las consecuencias. El director general de la KSM ha cancelado mi programa.

—Lo lamento, Barry.

—No me importa. Estaba harto del *show*.

—¿Conoces a Dan Englund?

Barry Gammon parpadeó.

Perplejo por aquella pregunta.

—Sí, claro... Es el actor que hace la serie Encapuchado Rojo.

—¿Dónde puedo localizarle?

—Actualmente se encuentra en Las Vegas.

—¿En Las Vegas? ¿Estás seguro?

—Bueno... Ésas son mis noticias. Jessica Berger, una de mis chicas de relaciones públicas, es amiga íntima de Dan Englund. Hace un par de días me solicitó permiso para desplazarse con Englund a Las Vegas. Creo que invitaron a Dan Englund a un *show*

en el Savoy Casino. ¿Por qué te interesas en Dan Englund?

—Estoy atando cabos, Barry. Infórmate si Dan Englund se encuentra realmente en Las Vegas. Voy a hablar con mis compañeros. Regresaré pronto.

Ronald Sherman salió del despacho.

Y tropezó aparatosamente con un carro de lavandería situado en el corredor.

—Perdone, señor... ¿Se... se ha hecho daño?... No debí dejar el carro frente a la puerta...

—No ha sido nada —respondió Sherman, encaminándose hacia uno de los elevadores.

Contempló como el individuo se alejaba por el pasillo empujando el carro. Casi al final del corredor abrió una puerta señalizada con el indicativo de «almacén».

Un súbito brillo asomó a los ojos del agente del
F. B. I.

Avanzó por el corredor.

Hacia el individuo.

—¡Eh, oiga! No cierre. Quiero echar un vistazo al carro.

—¿El... el carro? ¿Para qué?

Ronald Sherman había empujado la puerta del almacén. Examinó el carro. Descubriendo la tapa de lona. No había nada en su interior.

—¿Busca... busca algo?

Sherman sonrió.

No.

No buscaba nada.

Sólo comprobar si en aquel carro se podía ocultar a una persona.

—¿Cuál es tu nombre?

—Jonathan... Jonathan Mullins...

Ronald Sherman contempló al individuo.

Corpulento. De grande cabeza a juego con las orejas, nariz aplastada, boca enorme...

—¿Trabajas aquí, Jonathan? ¿En el Estudio Cinco?

—¿Estudio Cinco? Oh, sí... Recorro todo el bloque... Sí... también el Estudio Cinco...

—No recuerdo haber leído tu declaración.

El rostro de Jonathan Mullins acusó una estúpida mueca. La

acentuó parpadeando una y otra vez.

—¿Declaración?

—La policía. ¿No te tomaron ayer noche declaración? Interrogaron a todo el personal.

—No estaba aquí... A las cuatro se termina mi trabajo... ¿La policía? No, yo no he visto a la policía...

—¿Qué me dices del carro de lavandería? ¿Estaba aquí ayer noche?

Jonathan Mullins rió.

Divertido por la pregunta.

—Los carros no se mueven solos. Si yo no trabajo, el carro se queda quieto.

Ronald Sherman correspondió a la sonrisa.

—Yo no estaría tan seguro.

—¿Eres tú un policía?

—Ahá.

—¿Por qué no descubres al ladrón? Hay aquí un ladrón. Me han robado uno de los carros.

Ronald Sherman, que había iniciado ademán de alejarse del individuo, frenó en seco.

—¿Un carro?... ¿Uno de estos carros ha desaparecido?

—Son tres. Siempre hay tres —dijo Jonathan Mullins, con su gangosa voz—. Hoy sólo he encontrado dos.

Sherman palmeó las anchas espaldas del individuo.

—Gracias, Jonathan. Descubriré al ladrón del carro.

El agente del

F. B. I.

se alejó presuroso.

Ignorante de que acababa de felicitar al torturador de Jennifer Bass.

CAPÍTULO VIII

Cinco horas p. m.

En una de las cafeterías de la KSM.

El inspector del

F. B. I.

vació la taza de café desviando la mirada hacia el silencioso Ronald Sherman.

—Le felicito, Sherman. Ya hemos descubierto como sacaron a Jennifer Bass del anexo. En uno de los carros de lavandería. Lo hemos encontrado escondido en el *parking* subterráneo A-5.

Y de seguro el raptor fue un individuo disfrazado de Encapuchado Rojo. Lo triste es que no vamos a encontrar huella alguna en el carro. Nos enfrentamos a profesionales. Lo han demostrado, ¿no es cierto?

Ronald Sherman no respondió.

Continuó con la mirada fija en su taza de café.

Pensativo.

El inspector McDowall sí prosiguió:

—Usted y sus hombres se descubrieron, Sherman. Cercaron demasiado a Gammon. ¡Y los secuestradores no acudieron a la cita! Barry Gammon deambuló por el parque infantil durante más de una hora. Recorriéndolo una y otra vez. Le advertí que...

—No somos idiotas, inspector —interrumpió Sherman, secamente—. No hemos cometido ningún error. Nuestra vigilancia en tomo a Gammon fue perfecta.

—¿De veras? ¡No acudieron por el dinero!

—¿Y eso le sorprende? No es la primera vez que nos ocurre. Es el *modus operandi* de infinidad de secuestradores. Una primera cita

falsa para tantear el terreno y conocer la reacción de...

—¡Opino que se han dejado ver!

Ronald Sherman volvió a quedar en silencio.

El inspector rebuscó en los bolsillos para extraer unas monedas que arrojó sobre el mostrador.

—Regreso al Departamento, Sherman. Manténgame informado.

No esperó respuesta del agente del

F. B. I.

David McDowall abandonó el local.

Y Ronald Sherman apartó la taza de café para solicitar un *whisky* doble.

—Hola, Ronald.

Las duras facciones de Sherman se suavizaron. Incluso se permitió el esbozo de una sonrisa.

—Hola, Paula. Eres como el rayo de luz en día de negra tormenta.

—Vengo de hablar con Barry. También él está abatido. Y no digamos el señor Gilliam.

Sherman bebió un largo trago de *whisky*.

—Nada se ha perdido. Es una simple demora.

—Han cancelado el programa de Barry.

—Lo sé.

Paula ahogó un suspiro.

Lucía un juvenil vestido blanco de batsita con adornos en el cuello y cintura. Sus turgentes senos tensaron seductoramente la tela.

—Me queda trabajo para el resto de la tarde y dudo que termine. Retirar el archivo de Barry con sus miles de fichas, vaciar su despacho, destruir papeles sin valor... Barry, ya confirmado por escrito su despido, quiere salir cuanto antes de la KSM. La opinión pública se ha volcado contra él. Ahora que saben del secuestro de Jennifer, no le perdonan su furioso ataque a la actriz.

—Barry no pierde gran cosa. El programa era un *show* dedicado en exclusiva al morbo del público. Ese mismo público que ahora condena a Barry. El es inteligente y encontrará otras salidas.

—Dudo que la KSM vuelva a llamar a Barry. Todo depende de cómo se solucione el secuestro de Jennifer. Te dejo, Ronald. Voy a seguir con mi trabajo. Me queda ponerme en contacto con varios

artistas ya contratados para el próximo *show*. Un programa que no se emitirá. Hasta luego...

—Adiós, Paula.

La muchacha abandonó la cafetería.

Ronald Sherman aún permaneció unos instantes en el local. El tiempo de encender un cigarrillo y abonar el *whisky*.

—Paga otro vaso para mí, Ronald.

Shermanladeó la cabeza.

Sonrió a su compañero Nick Sharkey.

—Tú eres un tipo disciplinado, Nick. Nada de beber alcohol estando de servicio. ¿Alguna novedad?

—Respuesta de nuestro hombre en Las Vegas.

—¿Afirmativa?

Nick Sharkey asintió.

—Dan Englund lleva dos días en Las Vegas. Jugándose las pestañas por los casinos. En compañía de su amiguita Jessica.

—¿Qué hay del traje de Encapuchado Rojo?

Nick Sharkey llevó su diestra al bolsillo interior de la chaqueta. Extrajo un pequeño cuaderno de notas. Fue pasando hojas.

—Dan Englund dispone de varios trajes de Encapuchado Rojo. Cinco concretamente. Sin contar los que dispone en los estudios de Grier Falt.

—Allí no falta ninguno —dijo Sherman—. Ya lo hemos investigado.

—A Dan Englund tampoco le faltan. Al menos cuando salió de Los Ángeles, estaban los cinco trajes. En el guardarropa especial de su *bungalow*. Una especie de museo donde almacena recuerdos.

—Envía a uno de los muchachos al *bungalow* de Englund. Puede que alguien del servicio nos indique si los cinco trajes siguen allí.

—No es necesario. Jessica Berger tenía un traje de Encapuchado Rojo. Regalo de Englund. Le desapareció hace cinco días de su apartamento.

—¡Diablos! Eso es muy interesante.

—Eso mismo pensó nuestro agente en Las Vegas —Nick Sharkey arrancó una de las hojas del cuaderno—. Aquí tienes los nombres de las visitas que Jessica recibió el día en que desapareció el traje.

—No es lógico que lo robaron delante de la mismísima Jessica, pero puede ser una pista. ¿Algún conocido?

—Charles Rafelson.

—¿El periodista? ¿El sospechoso del inspector?

—Correcto, Ronald.

—Será cuestión de hacer una visita al tal Rafelson.

—¿Quieres que me encargue personalmente de ello?

—Hazlo. Yo iré junto a Barry Gammon.

Los dos hombres del Federal Bureau of Investigation abandonaron juntos la cafetería. Se separaron en uno de los amplios *hall* del Anexo.

Ronald Sherman encaminó sus pasos hacia el Estudio Cinco.

Al despacho de Barry Gammon.

Le encontró tras la mesa escritorio. Carpetas, papeles, fotografías y documentos cubrían la tabla.

Los cajones de la mesa abiertos y semivacíos.

—¿De retirada?

—En efecto, Ronald. Mañana ya no pienso pisar la KSM. ¡Al diablo con todo!

Sherman chasqueó la lengua.

—Empiezo a sospechar que te gustaba tu papel de malvado en el *show*.

—Era un buen trampolín, Ronald. Hay que reconocerlo. Una base para realizar cosas más importantes, aunque dudo que lo hubiera conseguido. Al menos en la KSM. El programa tenía éxito. Las más elevadas tarifas de publicidad se pagaban en mi *show*. Me habían encasillado en él.

—¿Qué piensas hacer ahora?

—Aprovecharé el despido para tomarme unas vacaciones —sonrió Gammon, con nulo entusiasmo—. Se las tenía prometidas a Natalie desde hace mucho tiempo.

—No puedes marcharte, Barry. No sin que se solucione el secuestro de Jennifer. Recuerda que eres el enlace.

—No pasó por mi mente salir de Los Ángeles sin ver a Jennifer sana y salva. ¿Has hablado ya con James Gilliam? Mantuvo una tensa conversación con el inspector McDowall. Ya no más policía, Ronald. Ni tan siquiera el Federal Bureau of Investigation. La Gilliam Films, después de lo ocurrido hoy, no quiere correr riesgos. El señor Gilliam me ha ordenado que, cuando vuelvan a ponerse en contacto conmigo, se lo comunique a él solo. A nadie más.

Sherman hizo una mueca.

Muy significativa.

—Eso es lo que pretenden los secuestradores. Asustar a la Gilliam Films. Apuesto que hoy no se presentaron a la cita. Ni mis hombres ni yo podíamos resultar sospechosos en el parque. Uno se hizo pasar por vendedor de palomitas de maíz, otro manipulaba en el tío vivo, otro paseando a unos niños...

—Tal vez fui yo, Ronald, Puede que mi nerviosismo haya hecho recelar a los secuestradores.

—Tonterías. No se presentaron. Estoy seguro.

Sonó uno de los teléfonos depositados sobre la mesa.

Barry Gammon atrapó el micro.

Lo pasó al momento a Sherman.

—Es para ti, Ronald.

El agente del

F. B. I.

se hizo cargo del auricular.

Su conversación fue muy breve.

—¡Voy para ahí!

Sherman colgó el teléfono.

—¿Ocurre algo, Ronald?

—Han detenido a Charles Rafelson —dijo Sherman, encaminándose hacia la puerta—. Le sorprendieron forzando el *bungalow* de Jennifer Bass.

CAPÍTULO IX

Natalie colocó el long-*play* de Sinatra en el tocadiscos.

Retomó al sofá del salón tendiéndose voluptuosamente. De la cercana mesa atrapó la cajetilla de Paxton llevándose un mentolado a los labios.

Cerró los ojos.

Como adormecida por la melódica voz de Sinatra.

Natalie estaba sola en el *bungalow*. Una vez más, Barry Gammon no había acudido a la cena. Aquello ya era habitual. Máxime ahora, con el secuestro de Jennifer Bass de por medio. Angie, la doncella, no pernoctaba en la casa.

Natalie no quería extraños en su intimidad.

Prefería la soledad.

Terminó el cigarrillo.

La muchacha se incorporó del sofá. Abandonó el salón encaminando sus pasos al dormitorio. La voz de Sinatra, en uno de sus románticos temas, se dejaba oír por toda la casa.

Natalie acudió al cuarto de baño.

Su imagen se reflejó en el longitudinal espejo mural.

Lucía una larga bata en suave satén con bieses contrastados. Anudada a la cintura.

Abrió los dorados grifos de la bañera.

Pasó al dormitorio.

Y fue entonces cuando se percató de que la voz de Sinatra había dejado de sonar.

Natalie parpadeó perpleja.

Se dirigió al salón aproximándose al equipo estereofónico. El disco giraba, pero el brazo articulado había sido desplazado hacia arriba.

Lo situó correctamente.

De nuevo la voz de Sinatra.

Natalie permaneció unos instantes frente al tocadiscos. En espera de algún otro posible fallo en el mecanismo.

Giró retomando al dormitorio.

Se despojó de la bata, arrojándola sobre el lecho.

El seductor cuerpo de la mujer quedó tan sólo protegido por dos minúsculas prendas. Sujetador y *slip* en tenue tejido poliamida negro con adornos de encajes.

En el cuarto de baño se quitó las chinelas.

Sobre las aguas volcó sales y gel.

Llevó las manos a la espalda manipulando en el cierre del sujetador. Los senos quedaron libres, aunque manteniéndose erguidos y firmes. Introdujo los pulgares bajo el elástico del *slip* deslizando la suave prenda por las caderas.

Cerró los grifos para acto seguido introducirse en la bañera.

Quedó en placentero relax.

Sumergida en las perfumadas aguas.

Había recogido el pelo tras la nuca apoyando la cabeza en el mármol. Volvió a cerrar los ojos a la vez que sus carnosos labios se movían imperceptiblemente. Como si acompañaran en susurros a Sinatra.

Bruscamente se elevó el volumen del tocadiscos.

Obligando a Natalie a un instintivo respingar.

Agrandó los ojos.

Sorprendida.

El equipo estereofónico, con instalación por diferentes habitaciones del *bungalow*, estaba a todo volumen. La voz de Sinatra atronaba con estruendo.

Y súbitamente cesó.

Por completo.

Tras el estridente retumbar llegó el más sobrecogedor de los silencios.

—Barry. ¡Barry! ¿Eres tú?

Ninguna respuesta a la voz de Natalie.

La muchacha salió de la bañera.

Por un instante creyó que Barry Gammon había penetrado en el *bungalow* y, al querer desconectar el tocadiscos, había incrementado

involuntariamente el volumen del equipo.

Natalie tomó una de las toallas de baño. Secándose superficialmente se envolvió en ella sujetándola bajo las axilas.

Pasó al dormitorio.

Tendió su diestra hacia el lecho para recoger la bata, pero interrumpió el iniciado ademán. Quedó inmóvil. Paralizada por la sorpresa.

No estaba el lazo.

En la bata había desaparecido el lazo de la cintura.

Y Natalie recordaba perfectamente haberlo dejado allí. Junto a la bata de satén. Extendido sobre la cama.

Un cierto temor se apoderó de la mujer.

Incrementado por una súbita y extraña sensación.

No se encontraba sola en la habitación. Alguien la estaba observando. Estaba convencida de ello. Casi podía sentir la mirada sobre su nuca.

Natalie tuvo miedo de girar.

De enfrentarse con lo desconocido.

Fue entonces cuando escuchó el ronco jadear. Un respirar entrecortado. Muy próximo...

Y Natalie giró.

Justo en el momento en que el lazo de la bata volaba hacia la garganta femenina. Ciñéndose al cuello de Natalie.

El instintivo grito de Natalie quedó bruscamente ahogado.

Desorbitó los ojos.

Contemplando alucinada a su atacante.

Un encapuchado.

El Encapuchado Rojo.

Sí.

Era el siniestro y fantasmal Encapuchado Rojo de la serie emitida por la KSM. La capucha roja con la calavera, la capa negra, la vestimenta, las manos enguantadas, las botas altas...

—Hola, perra...

La gutural y ronca voz incrementó el terror en Natalie. Desencajó el rostro. De nuevo intentó gritar, pero el lazo se cerró con más fuerza. Los ojos de Natalie se desorbitaron hasta casi querer salirse de las órbitas. Abrió desmesuradamente la boca. Sintió flaquear las piernas. Las manos, que pugnaban por zafarse del

mortal lazo, quedaron sin fuerza.

Hubiera caído de no ser sostenida por los brazos de su atacante.

La toalla sí cayó al suelo.

El turbador espectáculo de la desnudez del cuerpo femenino no pareció impresionar al encapuchado.

Empujó a Natalie sobre el lecho.

Abalanzándose seguidamente sobre ella.

Natalie, aunque momentáneamente libre del lazo que presionaba su garganta, no consiguió gritar. Lo intentó una y otra vez. Boqueando desesperada. Sin articular sonido alguno.

Braceó.

En vano y torpe ataque contra el individuo.

—Voy a acabar contigo, furcia —rió el encapuchado—. El infierno te espera...

Ahora fueron las manos.

Aquellas enguantadas manos las que aferraron el cuello de Natalie.

La mujer continuó su angustiado y desesperado bracear. Su crispada zurda tiró de la capucha del individuo.

Descubriendo su rostro.

Natalie quedó inmóvil mientras que las manos del individuo apretaban con más y más fuerza. Las facciones de la mujer se amorataron. La lengua asomó por entre sus labios. Los ojos agrandados reflejando indescriptible terror. El rostro desencajado en la más alucinada de las muecas.

Natalie estaba cruzando la frontera hacia el Más Allá.

CAPÍTULO X

El rostro de Ronald Sherman semejaba una inexpresiva máscara de cera.

Sólo sus grises ojos acusaban un fuerte destello.

Fijos en el cadáver de Natalie.

La mujer yacía sobre el lecho. Los brazos en cruz. Manos engarbadadas. La cabeza ladeada. Grotescamente. Como una muñeca rota. Las facciones femeninas desencajadas. Los ojos espantosamente abiertos. En ellos aún se reflejaba todo un cúmulo de horrores. La boca desmesuradamente abierta. Forzada la mandíbula al máximo. Un papel había sido introducido en la boca de Natalie.

Ronald Sherman no se encontraba solo en la habitación.

Tras él, su compañero Ward Cooper y dos agentes más del Federal Bureau of Investigation expertos en dactiloscopia.

A la puerta de la habitación un uniformado agente de la Metropolitan Police. Con el rostro demudado. Impresionado por la visión del cadáver.

Fue Ronald Sherman quien, después de aquellos tensos segundos de inmovilidad, se aproximó lentamente hacia el lecho.

Tendió su diestra.

Quitando de la desencajada boca de Natalie el papel.

Lo alisó.

El mensaje había sido escrito en letras de molde. Con rotulador rojo. Unas breves líneas.

«Barry Gammon:

»Esto has conseguido con tu engaño. Nosotros no bromeamos.

Sirva de lección para la Gilliam Films. Queda solo una segunda y última oportunidad. Nada de policía o Jennifer seguirá el mismo camino».

Ronald Sherman quedó con el papel en la mano.

Su compañero Cooper se lo arrebató.

Aquello hizo reaccionar a Sherman que giró bruscamente sobre sus talones abandonando la estancia. Encaminó sus pasos al salón. Nerviosamente rebuscó por los bolsillos hasta dar con la cajetilla de tabaco. Encendió un cigarrillo.

En el salón estaba Angie, la doncella de los Gammon.

Sollozando entrecortadamente.

Con una copa de *brandy* entre sus temblorosas manos.

Nick Sharkey se hallaba también en el salón.

—¿Te encuentras mejor, Angie? —inquirió Sherman—. Angie es tu nombre, ¿verdad?

La mujer asintió.

Con débil movimiento de cabeza.

Ronald Sherman se acomodó junto a ella.

—Bueno, Angie... Debes contarme todo lo ocurrido.

—No... no sé nada... yo... yo sólo descubrí... ¡Oh, Dios mío!...

—Tranquilízate, Angie. Tú no pernoctas en la casa. ¿Por qué regresaste al *bungalow*?

—Yo... había servido la cena a la señora... Dijo que ya no me necesitaba... que podía marcharme... Mi domicilio está cerca de aquí. En Ray Street. Ya en casa, recordé que no había cerrado con llave la puerta de servicio. Siempre lo hago. Fue un olvido imperdonable. No quise molestar por teléfono a la señora y me acerqué hasta aquí. Yo tenía una llave. Fui hasta la puerta de servicio... y comprobé que había sido forzada.

—¿Forzada? Acabas de decir que no la habías cerrado con llave.

—Es cierto. No la cerré con llave, pero el marco estaba astillado. Como si hubieran hecho palanca sobre él. Aquello me asustó y decidí entrar en el *bungalow*.

—¿Abriendo con la llave?

Angie denegó.

Ahora con nervioso movimiento de cabeza.

—No estaba cerrada con llave. No la había cerrado con llave. Sólo tuve que hacer girar el pomo para franquear la puerta. De la cocina pasé al iluminado salón, pero la señora no estaba aquí. La llamé, pero nadie respondió a mi voz. Acudí al dormitorio... y allí... allí...

La mujer rompió de nuevo en sollozos.

Ronald Sherman hizo una seña a su compañero.

Nick Sharkey abandonó el salón retornando a los pocos segundos junto con un agente de la Metropolitan Police. Éste se hizo cargo de Angie.

Sherman y Sharkey quedaron solos en el salón.

—¿Se ha localizado ya a Gammon?

—No, Ronald. He hablado con su secretaria Paula Logan. Me informó que Barry Gammon se había desplazado a Beverly Hills para conversar personalmente con un par de artistas. Parece ser que tiene problemas con unos contratos firmados.

—Sigue insistiendo, Nick. Tenemos que localizar lo antes posible a Gammon.

—Hay un par de hombres trabajando en ello. También en la KSM quedó uno de los muchachos por si Barry Gammon aparece por allí.

Sherman se incorporó del sofá.

Fue hacia el tocadiscos.

En el mueble, junto al revistero, un bolso femenino de piel. Lo abrió. Un lápiz de labios, un espejo, polvera de plata, tarjetas de crédito... Encontró también una cartulina. Con un nombre impreso. El de un abogado de Los Ángeles. Y una agenda con números telefónicos.

Ronald Sherman volvió a cerrar el bolso.

—El tocadiscos estaba conectado —dijo Nick Sharkey—. En funcionamiento, aunque el volumen había sido reducido al mínimo. Parece ser que los de dactiloscopia han encontrado alguna huella.

—¿Huella?... Oh, sí... Las de Natalie seguramente. ¡Maldita sea! ¡Maldita sea! ¡No lo entiendo, Nick! ¿Por qué? ¿Por qué lo han hecho? ¿Por qué han matado a Natalie? ¡No era necesaria tan cruel advertencia!

—Han jugado fuerte, Ronald. No cumplieron su amenaza de matar a Jennifer. Hacerlo significaba renunciar al millón de dólares.

Eliminando a Natalie demostraban su peligrosidad y el estar dispuestos a todo. Un escarmiento para Barry Gammon, un desafío al F. B. I... y un aviso para la Gilliam Films.

—Sucios bastardos...

—Nos enfrentamos a enemigos peligrosos, Ronald. Lo de Charles Rafelson resultó una falsa alarma. Le han interrogado a conciencia. El muy estúpido solo trataba de hacer un reportaje en el *bungalow* de Jennifer. Fotografías y demás. La única acusación que podemos hacer contra él es de allanamiento de morada. Dudo que nos oculte algo. Es un vanidoso periodista que...

Se escucharon unas voces en el *living*.

Era Barry Gammon.

Llegó acompañado de un agente del

F. B. I.

—¿Dónde está? ¿Dónde está Natalie? —gritó Barry Gammon—. ¡Natalie! ¡Natalie!

Corrió hacia el dormitorio.

Sin que nadie le cerrara el paso.

Barry Gammon se detuvo bajo el umbral. Vaciló. Como si hubiera recibido un brutal golpe en la cabeza.

—Natalie...

Avanzó hacia el lecho.

Lentamente.

Arrastrando los pies.

—Natalie... ¡Natalie!

Barry Gammon se dejó caer de rodillas. Junto al lecho. Abrazado al cadáver de Natalie. Llorando como un niño.

CAPÍTULO XI

Jonathan Mullins se incorporó con encendido rostro.

Jadeante.

Con un hilillo de baba resbalando por la comisura de sus labios. Contempló con lúbricos ojos a Jennifer.

—Te quiero, Jennifer... yo... yo te quiero...

Jennifer no respondió.

Yacía sobre el camastro. De su elegante vestido de noche quedaba ya muy poco. Jirones de tela que apenas cubrían su cuerpo. El rostro demacrado. Con profundas ojeras. Exangüe. Bañada en sudor.

Mullins comenzó a vestirse.

Con torpes movimientos.

Con una estúpida sonrisa reflejada en el rostro.

—No... quiero verte triste, Jennifer... Apenas pruebas alimento... Hoy... tampoco has cenado.

Jennifer movió débilmente la cabeza.

Sin fuerza.

Apartando su mirada del individuo.

Aquella era su segunda noche de pesadilla. ¿O tal vez la tercera? Había perdido la noción del tiempo. Encerrada entre aquellas cuatro paredes. Sin un solo rayo de luz. Sin salir para nada. Obligada a hacer sus necesidades fisiológicas en un cubo que Jonathan Mullins se cuidaba de traer y retirar.

—Jonathan...

El individuo agrandó los ojos.

Sonriendo feliz por la llamada de la mujer.

—Dime, Jennifer...

La muchacha le habló sin mirarle.

Sin atreverse a posar sus ojos en Mullins.

—Yo... yo también puedo llegar a quererte...

—¿Es cierto eso? —gritó Mullins, eufórico—. ¿Hablas en serio, Jennifer?

—Sí, Jonathan. Puedo llegar a quererte, pero no aquí. No aquí encerrada. Necesito salir y respirar. Nadie te hará daño. Yo te protegeré, Jonathan. Estarás a mi lado. Diré que tú me has salvado de los secuestradores.

—¿Secuestradores? ¡Ah, sí! —rió Mullins, guturalmente—. Dicen que te han secuestrado... Ellos no lo saben. Es nuestro secreto. El secreto del Encapuchado Rojo. Yo no diré nada. Todos ignoran que tú eres mía. Un regalo del Encapuchado Rojo.

Jenniferladeó la cabeza.

Posando sus ojos en el individuo.

—Puedo ser igualmente tuya fuera de aquí. En mi casa. Tengo un bonito *bungalow*. Te gustará vivir allí, Jonathan. Hay jardín, piscina... Tú y yo juntos...

—¿Me llevarías contigo?

—Sí, Jonathan... ¡Sí! Nadie te hará daño. Tienes que sacarme de aquí. Antes de que regrese el... Encapuchado Rojo.

Mullins parpadeó.

Con perpleja mueca dibujada en el rostro.

—Pero... El Encapuchado Rojo es mi amigo... Ahora comprendo... ¡Tratas de engañarme! ¡Burlarte de mí!

—No, Jonathan... Te juro que...

—¡Maldita! ¡También tú! ¡También tú quieres engañarme! No... ¡No saldrás de aquí! ¡Jamás! Aquí estás segura. Aquí nadie te encontrará. Eres mía y no consentiré que nadie te arranque de mi lado.

Se escuchó un ruido en la puerta.

El deslizarse de la cerradura.

La puerta se abrió dando paso a George Curtís.

—¡Infiernos! Esto apesta, Jonathan. Tienes que esmerarte más en la limpieza de...

Curtis enmudeció.

Quedó con los ojos fijos en la demacrada Jennifer.

Jennifer Bass, la bella actriz, la seductora muchacha candidata al Oscar, se encontraba convertida en una piltrafa humana.

George Curtis terminó por sacudir la cabeza.

—¿Qué le has hecho, Jonathan?

—Es mía... es mía... El Encapuchado Rojo dijo que era mía...

—Seguro —rió Curtis—, aunque dudo que te dure mucho. No parece gozar de muy buena salud.

—No quiere comer.

George Curtis chasqueó la lengua.

—Haces mal, nena. Tienes que cuidarte. Todo está llegando a su fin, ¿comprendes? Levántate. El... el Encapuchado Rojo quiere verte.

—¿Te la llevas?

—Tranquilo, Jonathan. Cuestión de minutos. El Encapuchado Rojo quiere hablar con Jennifer. Tú espera aquí. Regresaré con ella enseguida. ¡En pie, Jennifer!

La joven trató de incorporarse.

Con gran esfuerzo.

Brazos y piernas le pesaban como plomo. Acusando dolorosas punzadas por todo el cuerpo. Al levantarse sintió flaquear las rodillas. Se tambaleó.

George Curtis acudió a sostenerla.

—¿Han... han pagado el rescate? —preguntó Jennifer, casi sin voz.

Curtis sonrió.

—Mañana a primera hora todo quedará solucionado, Jennifer. La Gilliam Films pagará el millón de dólares sin intervención de la policía. Les hemos convencido de ello. El

F. B. I.

está husmeando, pero ahora todo se solucionará sin problema.

—¿Dónde me llevan?

George Curtis no respondió.

Aunque Jennifer sí leyó en los ojos del individuo.

Con nitidez.

Sí.

En ellos leyó la sentencia de muerte.

Se separó con brusquedad.

—¡No! ¡No quiero ir! ¡No quiero morir! ¡No quiero morir!

—¡Maldita estúpida! —vociferó Curtis, tratando de retener a la muchacha—. ¡Vuelve aquí!

La joven corrió hacia el perplejo Mullins.

—¡Quieren matarme, Jonathan! ¡Van a matarme!

—No... eso no es cierto... No lo es, ¿verdad, George?

—¡Al diablo contigo! Voy a llevarme a la chica, Jonathan. No trates de impedirlo. Son órdenes del Encapuchado Rojo.

—¡Quieren matarme, Jonathan!

—El Encapuchado Rojo no sería capaz de ello... El es mi amigo.

George Curtis aferró a la muchacha por el brazo derecho.

Tiró violentamente de ella.

—¡No! ¡No, Jonathan! ¡No permitas que me lleve!

—Suéltala, George.

—¿Te niegas a obedecer una orden del Encapuchado Rojo? ¡Él quiere verla!

Mullins movió la cabeza.

—El Encapuchado Rojo dijo que Jennifer no saldría de aquí jamás... Tú eres el traidor, George. Al igual que el conde Sharko. Y también él traicionó al Encapuchado en su lucha contra los Adoradores del Sol. Y también tú pagarás con la vida.

—¡Loco estúpido! Tu sentencia de muerte estaba dictada — Curtis soltó a la joven para llevar su diestra a la axila izquierda—. ¡Yo adelantaré la ejecución!

Extrajo una pistola.

No llegó a apretar el gatillo.

Jonathan Mullins saltó sobre él. Con hercúlea fuerza le alzó como si fuera un muñeco. Y lo arrojó violentamente contra la pared.

Curtis quedó sin sentido.

Aquello no fue suficiente para Jonathan Mullins.

Con demoníacas facciones volvió a abalanzarse sobre Curtis. Le aferró la cabeza con ambas manos. Y comenzó a golpearla contra el suelo.

Una y otra vez.

Hasta reventarle el cráneo.

CAPÍTULO XII

David McDowall arqueó las cejas.

—¿Quiere repetir eso, Gilliam?

James Gilliam barrió el sudor que perlaba su frente con un pañuelo. Tragó saliva antes de responder.

—Ha oído perfectamente, inspector. He entregado el millón de dólares. Esta mañana. A las ocho.

—¡Por todos los...! ¿Por qué no nos ha avisado?

—¿Avisarles? ¿Después de lo ocurrido? Ayer noche estaba en casa. La KSM, en uno de sus últimos informativos, notificó el asesinato de Natalie Gammon. Como represalia por haberse puesto Barry Gammon en contacto con la policía. No pude pegar ojo en el resto de la noche. Pensando en Jennifer. Casi de madrugada recibí la llamada. En mi propio domicilio. Tenía que llevar el millón de dólares al Chong Park y dejar la maleta junto a la fuente de Leda. A las ocho en punto. Así lo hice.

—¿Y nos lo comunica ahora? —rugió McDowall—. ¡A mediodía! James Gilliam volvió a tragar saliva.

—Me advirtieron que no comunicara nada hasta pasadas cuatro horas. He seguido al pie de la letra las instrucciones. Quiero viva a Jennifer.

David McDowall se incorporó del sillón.

Desvió la mirada hacia el silencioso Ronald Sherman que permanecía en pie junto al ventanal. El inspector posó de nuevo sus ojos en Gilliam.

—Oiga, Gilliam... Nos enfrentamos a individuos peligrosos. Reconozco nuestro desconcierto. El brutal asesinato de Natalie Gammon escapa a nuestra lógica. No esperaba semejante reacción en los secuestradores. Ahora les conocemos. Hombres dispuestos a

todo. ¿Espera en verdad que le devuelvan a Jennifer sana y salva?

—Así me lo prometieron, inspector. A ellos sólo les interesa el millón de dólares. Y para la Gilliam Films sólo importa Jennifer. Son muchos los millones en juego. Máxime con The Oíd World incompleta. Jennifer es un filón de oro que no estamos dispuestos a perder. Me prometieron que la soltarían antes de veinticuatro horas.

—¿Y no pensó en Natalie Gammon? —exclamó McDowall—. Su muerte debió alertarle de que estaba tratando con asesinos sin escrúpulos.

—Me importa muy poco la muerte de Natalie Gammon. Yo sólo quiero que...

James Gilliam no pudo seguir hablando.

Ronald Sherman había avanzado hacia él.

En dos rápidas zancadas.

—¡No, Sherman! ¡Quieto!

Ronald Sherman hizo caso omiso a la orden de su superior.

Gilliam quiso retroceder, pero ya le alcanzó el demoledor puño del agente del

F. B. I.

Con brutal violencia.

Se escuchó un siniestro chasquido.

James Gilliam fue impulsado contra la pared. Con la nariz rota. Sangrando abundante. Rebotó cayendo de bruces.

Sin sentido.

—¡Maldito sea, Sherman! —vociferó el inspector—. ¿Se ha vuelto loco?

Ronald Sherman no respondió. Limitándose a acariciar los nudillos de su diestra.

Se abrió la puerta del despacho apareciendo dos agentes. Alarmados por el estruendo de la caída.

Contemplaron estupefactos al desvanecido James Gilliam.

—Llevarlo a la enfermería —dijo McDowall—. Yo iré de inmediato.

Los dos hombres obedecieron la orden.

El inspector giró hacia Sherman.

Fulminándole con la mirada.

—Esta falta de desacato le costará cara, Sherman. No sólo ha desobedecido una orden, sino que en mi presencia... Espere aquí.

No salga del Departamento bajo ningún concepto. ¡Queda relevado de todo servicio! ¡Y ya puede ir pensando en una larga temporada en Alaska!

David McDowall abandonó la estancia.

Ni un solo músculo se alteró en Sherman.

Encendió un cigarrillo dejándose caer cansinamente en uno de los sillones de negro cuero que adornaban el despacho.

Cerró los ojos.

Dos noches sin apenas dormir.

Había permanecido con Barry Gammon hasta que se ordenó el levantamiento del cadáver y Natalie fue trasladada para la autopsia. Entonces acudió a su apartamento para descansar un par de horas. Y de nuevo en el Departamento.

—¿Molesto, Ronald?

Sherman entreabrió los ojos.

Sonrió a su compañero Sharkey.

—Hola, Nick.

—¿No está el inspector?

—Regresará de un momento a otro. ¿Ocurre algo?

Nick Sharkey portaba un papel en la zurda.

—Es una notificación de Homicidios. Un asesinato. Dudo que guarde relación con el caso Jennifer Bass, pero han considerado conveniente enviarlo. Se ha descubierto un cadáver en la KSM. Un fulano con la cabeza convertida en pulpa. Le encontraron en un bidón de basura. Era un tal... George Curtis. Uno de los especialistas en sonido de la KSM.

La indiferencia desapareció del rostro de Sherman.

Sus grises ojos acusaron un fugaz destello.

—George Curtis...

—¿Te resulta familiar?

Ronald Sherman no respondió.

Se había incorporado de un salto abandonando precipitadamente el despacho. Ni tan siquiera recordó la prohibición del inspector McDowall. Salió del Federal Bureau of Investigation. Una vez más desobedecería la orden de un superior.

Ed Crawford, teniente del Departamento de Homicidios, aceptó el cigarrillo ofrecido por Sherman.

—Espero solucionar el asunto en cuestión de horas, Ronald. El asesino ha sido muy poco cuidadoso. Una verdadera chapuza.

—¿Fue ahí?

El teniente asintió.

Con la mirada fija en los bidones de basura situados en la parte posterior del restaurante-jardín de la KSM.

—Sí, Ronald, aunque el crimen se cometió en otro lugar. El cadáver fue trasladado en un saco de lavandería y volcado en el bidón. Hay huellas por doquier. Los de dactiloscopia están trabajando en ello. ¿Quieres que te comunique tus resultados?

—¿Cómo? Ah, sí... Gracias, Ed.

Ronald Sherman giró.

Avanzó por uno de los asfaltados senderos peatonales que conducían al bloque central de la KSM. Luego se desvió hacia uno de los anexos. Al emplazamiento del Estudio Cinco.

Fue hacia uno de los mostradores de información.

Atendido por una exuberante rubia de bellos ojos azules.

Sherman mostró su credencial.

—Quisiera hablar con el jefe de servicio encargado de la lavandería.

—Es el señor Spacek, pero ya no se encuentra en la KSM —respondió la mujer—. Ya ha terminado su jornada.

—¿No puedo hablar con nadie del servicio de lavandería?

—No... Bueno, a excepción de Jonathan —una sonrisa asomó al rostro de la rubia—. Es el único que habita en la KSM, pero dudo que le sirva de mucha ayuda. Es un pobre infeliz con sus facultades mentales algo alteradas. Creo que fue boxeador profesional y quedó tarado después de...

—He hablado con Jonathan.

La recepcionista amplió la sonrisa.

—Entonces ya habrá comprobado sus dos únicos temas de conversación. Jennifer Bass y el Encapuchado Rojo.

Sherman entornó los ojos.

—¿Qué quiere decir?

—Jonathan es un fanático de la serie del Encapuchado Rojo. Siempre hablando de él. En cuanto a Jennifer Bass... Idolatra a la

actriz. Es su gran amor imposible. En más de una ocasión nos hemos burlado de Jonathan por su...

—¿Dónde está? —interrumpió Ronald Sherman, con brusquedad —. ¿Dónde puedo localizar a Jonathan?

La mujer parpadeó.

Sorprendida por la dura voz del agente del

F. B. I.

—Pues... tiene su vivienda en los viejos estudios de la KSM... Al otro lado del jardín... En la zona norte. Aquello está ahora sin utilizar. Dedicado a almacenar materiales inservibles. Jonathan, a cambio de la vivienda, cuida de todo aquello y...

Ronald Sherman ya no necesitaba más información.

Salió del anexo como una exhalación.

Maldiciendo.

Jennifer...

¡Jennifer Bass jamás había salido del amurallado recinto de la KSM!

CAPÍTULO XIII

De los viejos estudios de la KSM ya sólo quedaba en pie lo que fuera edificio central. Dividido en secciones, salas de rodaje y cabinas insonorizadas. Allí se almacenaba ahora todo tipo de material.

En una de las habitaciones sorprendió a Jonathan Mullins.

Estaba cocinando.

Sirviendo comida en dos platos.

—Hola, Jonathan.

Mullins bizqueó.

Sacudió la cabeza para seguidamente sonreír.

—¡Ah...! Tú eres el policía...

—Correcto, Jonathan. ¿Tienes invitados?

—¿Invitados?

—Preparas dos platos. ¿Uno es para Jennifer?

Mullins volvió a sacudir la cabeza.

—No... Jennifer no está aquí...

—Mientes, Jonathan. Ella está aquí. Contigo. Lo sé.

—No... no puedes saberlo... es un secreto... El Encapuchado Rojo dijo que era un secreto... que nadie lo...

—Vengo a llevarme a Jennifer.

—No... ¡No!...

La súbita y violenta reacción de Jonathan Mullins sorprendió al agente del

F. B. I.

El individuo saltó rugiendo como bestia herida. Tendiendo sus zarpas hacia Sherman. Le atenazó por el cuello. Con poderosa fuerza.

Ronald Sherman flexionó las rodillas.

Como si le flaquearan.

No era así.

Sherman se disponía a realizar un golpe de karate.

El inazuma, en el argot de los karatekas.

Jonathan Mullins abrió las manos al recibir el seco trallazo en el costado. Ya no pudo reaccionar. Ahora fue un shofu. En el lado izquierdo del cuello. La cabeza de Mullins se dobló como si fuera de trapo.

Dos terroríficos golpes con capacidad de derribar a un búfalo.

Sólo que Mullins seguía en pie.

Tambaleante.

Ronald Sherman atacó por tercera vez.

Keichu.

En la nuca. Controlando la violencia del impacto para que no resultara mortal.

Jonathan Mullins sí cayó ahora aparatosamente sin sentido.

—Te felicito, Ronald. Una magnífica exhibición.

Sherman giró.

Lentamente.

Bajo el umbral de entrada un individuo con capucha roja. Con negra capa. Con manos enguantadas. La diestra sosteniendo una Super-Star con tubo silenciador acoplado al cañón. El arma apuntaba a la cabeza del G-men.

Sherman esbozó una sonrisa.

—Esperaba encontrarte aquí..., Encapuchado Rojo.

—Tú revólver, Ronald. Arrójalos al suelo. Con cuidado. Un movimiento sospechoso y te envío de inmediato al infierno.

Sherman obedeció.

Su Smith Wesson cayó al suelo.

—Conmigo no es necesario que hagas el fante, Barry. Puedes quitarte la capucha. Respirarás mejor.

El individuo permaneció inmóvil.

Durante unos instantes.

Con la mano izquierda se despojó bruscamente de la capucha.

El rostro de Barry Gammon sonrió en dura mueca.

—Siempre tan inteligente... Te admiro, Ronald. ¿Cuándo me has descubierto?

—¿Descubrirte?... No, Barry. Era una simple sospecha. No podía

creerlo. Me resistía a creerlo. No podía imaginar que tú... que tú acabaras con Natalie.

—Acabar con Natalie era el primer objetivo de mi plan, Ronald. Eliminar a Natalie y embolsarme un millón de dólares. ¿Te sorprende? Estaba harto. Asqueado de mi encasillamiento en el *show*, de la falta de oportunidades... y asqueado de Natalie. Ella me traicionaba, Ronald. Nuestro matrimonio fue un fracaso desde el primer momento. No estaba enamorada de mí. Tú eras su gran amor, pero Natalie era ambiciosa y le deslumbró mi popularidad. Me traicionaba, Ronald... me engañaba con otros... Nuestra unión era un infierno. Hasta el extremo en que Natalie me planteó el divorcio. ¿Te das cuenta? ¡El divorcio! Después de engañarme, de burlarse de mí... ¡era ella quien presentaba el divorcio! No se lo concedería. La prefería muerta.

Barry Gammon hizo una pausa.

La dura mueca seguía reflejada en su rostro.

Con cruel destello en las pupilas.

—Sí, Ronald... Lo había planeado bien. Durante meses esperé la ocasión. Buscando un mirlo blanco. Lo encontré en Jennifer Bass. Por ella pagarían un millón de dólares. Lo tenía todo estudiado. Nadie sospecharía de mí. Sería el enlace en el secuestro. Recibiendo llamadas de los secuestradores. Conociendo de antemano el juego de la policía.

—¿También contabas conmigo, Barry?

—No, Ronald. Eso fue una jugada del destino. Te hacía en Oklahoma, pero no me importó tu aparición. Resultaba incluso un punto más a mi favor. Nuestra amistad te hacía más comunicativo. Conocía todos los pasos del

F. B. I.

Sus palos de ciego en el secuestro de Jennifer.

—Permaneció siempre aquí, ¿no? En la KSM.

Gammon asintió.

Sonriente.

—En efecto. Ese pobre idiota... Jonathan Mullins, sería el guardián. Contaba además con la complicidad de George Curtis. El realizaría las llamadas para alejar de mí toda sospecha. ¿Recuerdas a George?

—Sí. Uno de nuestros compañeros en el campamento militar.

—Prometí a George un buen pellizco. El plan salía perfecto. Maté a Natalie. Disfruté acabando con ella. Y nadie sospecharía de mí. Era un escarmiento de los secuestradores. Y la muerte de Natalie hizo que James Gilliam entregara dócilmente el millón de dólares. La única complicación surgió ayer. George tenía que sacar a Jennifer de aquí y eliminarla en cualquier lugar de Los Ángeles. Ignoro lo ocurrido, pero deduzco que el idiota de Jonathan acabó con George. Ahora soy yo quien debe acabar con ella, con Jonathan... y contigo.

—No te saldrá bien, Barry. Ni tan siquiera el Encapuchado Rojo lo conseguiría.

Gammon rió en estridente carcajada.

—Fue un buen disfraz, Ronald. Lo necesitaba para impresionar y someter a Jonathan. Me obedecía como un perro. También me fue útil para secuestrar a Jennifer.

—Has cometido más de un error, Barry. Y mis compañeros del F. B. I. lo saben. Están investigando.

—Mientes. No he cometido errores.

—Puedo numerarte más de uno. En primer lugar el traje de Encapuchado Rojo. Lo robaste del apartamento de Jessica. La visitaste el mismo día en que Jessica se percató de la desaparición del traje. Luego está lo de ayer. En tu *bungalow*. El asesino forzó la puerta de servicio. Una puerta que no estaba cerrada con llave, pero el asesino sabía que aquella puerta siempre estaba cerrada. Por eso se molestó en forzarla.

—Cierto. No podía sospechar ese olvido en Angie. Yo fui el primer sorprendido.

—Después te presentaste tú. Vociferando angustiado. Y corriendo directamente al dormitorio. ¿Por qué no al salón, a la cocina, al despacho...? No. Al dormitorio. Conocías el lugar del crimen.

—No seas ridículo. La policía estaba a la entrada del dormitorio.

—También en el salón, Barry. Allí estaba yo con Nick. Me sorprendió mucho tu instinto de ir directamente al dormitorio. También encontré una tarjeta en el bolso de Natalie. La de un abogado de Los Ángeles. Hoy le llamé. Me informó de que Natalie llevaba tiempo tratando de conseguir el divorcio. Ya no eras el feliz

marido que llora desconsolado la muerte de la esposa. Luego aparece George Curtis asesinado en la KSM. George y tú, dos buenos amigos... Lo dicho, Barry. Has cometido más de un error.

—También tú, Ronald. El presentarte aquí solo. Voy a matarte. Y después acabaré con Jennifer. Quiero que...

Sonó la detonación.

Barry Gammon agrandó los ojos.

No fue una mueca de dolor la que reflejó su rostro, sino de estupor. Bajó la mirada. Contemplando el rojo orificio a la altura del corazón. Soltó la Super-Star. Con ambas manos trató de taponar la herida, pero la sangre se filtró por entre los surcos de sus dedos.

Aquella visión hizo caer a Gammon.

Ya sin vida.

El agente del

F. B. I.

contempló a Jonathan Mullins.

Tenía el Smit Wesson en su diestra.

Humeante.

—Iba... iba a matar a Jennifer... no podía permitirlo...

—Dame el revólver, Jonathan.

El individuo obedeció.

Como un autómeta.

Ronald Sherman abandonó la estancia. Fue abriendo las diferentes puertas del corredor. En una de las habitaciones, un habitáculo reducido y acolchado, encontró a Jennifer.

Sobre el camastro.

Sherman acudió junto a ella.

—¿Quién... quién eres? —preguntó Jennifer, con voz apenas audible.

Ronald Sherman sonrió acariciando con suavidad los cabellos femeninos.

—Soy un admirador tuyo, pequeña.

EPÍLOGO

Ronald Sherman encaminó sus pasos hacia el auto.

Allí le esperaba Paula.

La muchacha le contempló con un gesto de preocupación reflejado en el rostro.

—¿Y bien?

Sherman sonrió.

—Parece que he tenido suerte. Se ha decidido que no soy merecedor del traslado disciplinario a Alaska, pero sí seré sometido a expediente.

—¡Oh, Ronald!

Paula le echó los brazos al cuello.

Y Sherman aprovechó para abarcarla por la cintura y besarla en la boca. Largamente. Una y otra vez.

Paula se separó.

Casi sin respiración.

—Eres... eres muy efusivo.

—También tú, Paula.

—Yo simplemente mostraba mi alegría por la decisión del inspector McDowall. Me horrorizaba la idea de tu marcha a Alaska.

—¿Me hubieras dejado marchar?

—¿Acaso podía impedirlo?

—No, pero sí venir conmigo.

—¿Contigo? —Respingó la joven—. ¿A Alaska?

—Estás sin trabajo, Paula. Me considero responsable de ti. De momento, vas a dejar tu apartamento y vivir conmigo.

Paula hizo un mohín.

—Si crees que voy a...

—Quiero casarme contigo. No necesitamos dos apartamentos.

Paula volvió a respingar.

Ahora con un brillo de felicidad reflejado en los ojos.

—¿Hablas en serio? ¿Quieres casarte conmigo?

—Sí, Paula. Siempre he sido un insensato. Voy a serlo una vez más.

—No digas eso, Ronald. Yo... yo te haré feliz. No todos los matrimonios están condenados al fracaso.

—Lo sé, nena. No tengo miedo al matrimonio. Soy un agente del F. B. I.

Indisciplinado, pero un buen agente.

—Yo te someteré a mi disciplina...

Volvieron a unir sus labios.

Ronald Sherman inició la marcha del vehículo.

—Vamos a tu apartamento, Paula. Retira algunas cosas y nos largamos a Las Vegas. Tengo un par de semanas de permiso. Las aprovecharemos.

—No me has hablado de James Gilliam. La Prensa afirma que ofrece una gratificación de...

—La he rechazado. El

F. B. I.

no acepta gratificaciones. Gilliam ha retirado su denuncia contra mí por lesiones y me pidió disculpas. Me considero satisfecho.

—Y está el agradecimiento de Jennifer.

Sherman sonrió.

—Cierto. Es una buena chica. Asistiremos al estreno de The Oíd World. Se lo he prometido. Necesita olvidar la pesadilla vivida. Sí... hay que olvidar el sórdido caso de Barry Gammon.

—Yo te ayudaré a ello, Ronald.

Sherman contempló a la muchacha.

Y en los ojos de Paula vio reflejada la felicidad.

FIN



Adam Surray, nació en La Coruña el 7 de mayo de 1943. Sin embargo donde ha pasado la mayor parte de su vida ha sido en Valencia, a donde se trasladó su familia en 1948 cuando él era todavía un niño, lo que no impidió que siempre haya seguido ejerciendo de gallego —seguidor del Depor incluido— y que vuelva todos los años, de vacaciones y a comer pulpo, a su tierra natal. Es el seudónimo con el que escribe José López García, un experto en la escritura en ciencia ficción y terror. Escritor habitual en la época dorada de la editorial Bruguera, colaboró con muchos de los textos de la colección La Conquista del Espacio, editada por Bruguera, como Accidente en la Ipsilon-V, Amor y Muerte en la Tercera Fase, Ataúd para un Robot, El Planeta de «No Volverás», Fauna Intergaláctica, entre otros.